

SIMBAD VIAJÓ A LAS ESTRELLAS

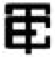
JOHNNY GARLAND

COLECCIÓN ESPACIO

SIMBAD VIAJÓ A LAS ESTRELLAS

Por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53

BARCELONA

Núm. De Registro: 3 598-1962

Depósito legal: 6 801 - 1961

Distribuidor exclusivo en la Argentina:
EDICIONES TORAY, S.A., Chorroarín, 1440, bis.
Teléfono 51 – 7372. Buenos Aires

IMPRESO EN ESPAÑA PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. – Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

PRÓLOGO

—Estas vacaciones, las pasaremos en Oriente Medio, querido…

Así empezó todo. Pero yo no lo sabía. No podía saberlo. Y si alguien me hubiera contado lo que iba a suceder, le hubiese tildado de loco, y no hubiera creído una sola palabra.

Uno puede ser escritor y, al mismo tiempo, rechazar aquello que le parece realmente imposible. Y eso que hoy en día, año de gracia de 1995, casi en los umbrales del siglo XXI, pocas cosas nos parecen a los humanos auténticamente increíbles. Lo que fue considerado imposible de lograr hace unos veinte o treinta años, ha pasado a ser perfectamente normal. La fantasía de nuestros padres y abuelos, hoy produce risa a nuestros contemporáneos. Y el viejo, caduco Science-Fiction de mediados de siglo, ha pasado a ser un pálido reflejo de la actualidad nuestra, una prueba palpable de la escasa imaginación de aquellos que, lustros atrás, se creyeron extraordinariamente imaginativos.

Iban a comenzar mis vacaciones cuando mi esposa me dijo justamente eso. Sus palabras es posible que no las olvide jamás. Nunca olvido aquello que es realmente trascendental. Y para mí, aquello fue trascendental: «Estas vacaciones, las pasaremos en Oriente Medio, querido…»

Ella pudo haber elegido otro lugar sobre la Tierra. E incluso Moon-City, en la Luna, ya colonizada por el hombre y transformada en zona habitable. Pero en vez de eso, optó por Oriente Medio.

Después, ante un puñado de mapas, de libros y de guías turísticas, entre las que no faltaban los atractivos y revolucionarios folletos que anunciaban los viajes espaciales a la Luna y a la Estación Terrestre Dos, en medio de la travesía aérea hacia el satélite terrestre.

El segundo paso del destino, acercándome a lo increíble, lo di yo misino, no Ethel. Ella había dado el primero. Yo, sin saberlo, la seguí. Señalé un lugar en el mapa. Y dije:

—Este lugar puede ser el primero, querida. Siempre me sedujo conocerlo…

Ella miró hacia el punto que indicaba mi índice. Asintió, con una sonrisa. Solamente dijo:

—Sí, toda querido. De niña leí Las Mil y Una Noches. Como todo el mundo, supongo, desde hace cientos de años. Siempre tuve deseos de conocer Bagdad. Aunque imagino que ya no será nada de lo que era, tal y como lo leímos en los viejos cuentos…

—Nada es como en los cuentos, Ethel —dije suavemente, contemplando la blancura de la super-ciudad en que vivíamos, ultramoderna y civilizada hasta la cumbre misma del progreso técnico y científico—. Solamente los humanos varían poco, a través de los siglos… Pero el mundo en que uno vive, cada vez se aleja más de aquellos que los textos nos ofrecen, como un reflejo cada año más débil y apagado, de un pasado lleno de fantasías que desapareció en la noche de los siglos…

Ethel no dijo nada. Estaba mirando hacia el mapa, hacia Bagdad, en el centro de aquel anaranjado fragmento de mapa, con el nombre de Iraq, Cuarta Zona de la Federación Oriental de Eurasia. Bagdad…

Bagdad era el lugar elegido en primer lugar. Ethel y yo estábamos de acuerdo. Iríamos a Bagdad en primer lugar. Éramos aún de los pocos que amábamos el pasado, por remoto que fuese, procurando olvidar un poco el mecanismo casi impersonal y frío de nuestro presente supercivilizado.

Quizá por eso sucedió todo. Quizá por eso pudimos llegar al fondo de aquel asombroso enigma, eterno y terrible, que es el Espacio-Tiempo, en el conjunto dimensional de la Vida y de la Existencia.

Quizá por eso, Ethel y yo conocimos al ser más asombroso de todos los tiempos. A alguien que sólo unos pocos conocieron. Y que únicamente Ethel y yo comprendimos…

* * *

Bagdad no tenía puerto de mar, no lo tuvo jamás. Pero en la antigüedad, en los tiempos policromos y asombrosos de Harum-Al-Raschid, Scherezade y el Mago Jaffar, había polvorientos senderos y

ríos turbios que llevaban a Basra, el puerto iraquí. Caravanas de sedas agitadas por el aire seco del desierto, y velas hinchadas por el viento de los amplios ríos de rojas aguas, conducían a la legendaria Basra, la de los navíos de velas desplegadas, rojas, azules o blancas, en una borrachera de colores que solamente a través del cine pudieron ver nuestros más inmediatos antepasados.

Ahora, en 1995, de Bagdad a Basra, existía la Aero-ruta del Éufrates, que iba de una ciudad a otra. Por ella, y con un rojo bólido que vagamente pretendía recordar, con su puntiaguda y levantada proa, en forma de babucha oriental, un pasado ya muerto y olvidado por la actual raza árabe, rica y poderosa, sin feudalismos ni explotadores de sangre superior, fuimos hasta Basra, después de pasar tres días en la moderna Bagdad, que solamente conservaba un barrio antiguo, tradicional, solamente como auténtica atracción turística para los que aún soñaban en bailar reminiscencias de Las Mil y Una Noches.

Basra no se diferenciaba mucho de Bagdad. Era también una urbe limpia, moderna, muy blanca y acogedora, con su sistema de refrigeración urbana, para combatir el cálido clima, edificaciones de reciente fecha y avenidas de asfaltplast blanco, terso y límpido, bordeadas de jardines artificialmente cuidados y cultivados en toda época del año, con gran profusión de rosas azules, último gran avance de los cultivadores de flores.

Ethel y yo volvimos a coincidir en nuestros gustos, como no podía menos que suceder. Y resolvimos, a poco de estar en el Orient Hotel, ir a visitar la densa, abigarrada zona marinera; cerca del lago y su gran puerto, en la que se conservaba el pasado casi como se conserva una momia prehistórica en una vieja caverna jamás pisada por el hombre.

—Oh, Todd… Es como una página, en un mágico libro del pasado… —fue lo que se le ocurrió a Ethel, cuando se enfrentó con aquel bello lugar, que todavía poseía, el encanto, la gracia y la vejez de una ilustración de los viejos cuentos árabes.

Yo asentí. En realidad, no podía hacer otra cosa. Sentía lo mismo que ella. Siempre me ha fascinado el pasado, como me fascina el futuro. Creo que a todo hombre inquieto e imaginativo, tiene que seducirle aquello que no conoció jamás, aquello que nunca conocerá… Lo que realmente carece de importancia para la

imaginación, por bello y fabuloso que sea, es todo aquello que vemos, lo que es una realidad en el presente, en el momento en que uno vive.

Aún el puerto de Basra, los majestuosos bajeles de velas rojas, que se alineaban en sus embarcaderos viejos, servían de buen escenario natural para las películas y los programas televisados en estéreo-color. Y para que muchos seres, aburridos de su época, se refugiaran en aquel rincón del pasado, sin radio, sin televisión, sin estéreo-pantallas, jardines artificiales, clima graduable, aeronaves y turbomóviles.

Ethel y yo avanzarnos entre una abigarrada multitud que corría por callejas dignas de los cuentos de Scherezade, por los zocos, entre tiendecillas oscuras y asombrosas y tipos que parecían haberse estancado en el tiempo, sin progresar con su mundo.

Creo que aquél fue el tercer paso que dimos hacia el oculto destino que teníamos reservado. ¿Y el cuarto paso? Sin duda cuando Ethel se detuvo, sudorosa y cansada, en medio de un abigarrado y multicolor zoco, cuajado de viejas sedas, antiguas cachemiras y extraños objetos orientales, y señalando un punto, me dijo;

—Tengo sed, Todd. ¿Por qué no descansamos un poco en aquella taberna, y refrescamos la garganta?

Miré adonde ella señalaba. Como tantas otras veces, tenía razón. Ethel casi siempre tiene razón. Por fortuna, yo lo sé, y dejo que ella guíe mis pasos muchas veces. Es la forma de que mi camino en la vida sea recto y atinado. Si todos los hombres tuvieran una mujer como Ethel, no sufrirían muchas calamidades. O al menos, si la tuvieran y supiesen hacerle caso, dando de lado a la estúpida altivez del sexo masculino, causante de tantas desventuras.

Era ciertamente una cantina, una vieja taberna, tal y como existían aún muchas, en tiempos de mi padre y de mi abuelo. Ahora, un lugar así era casi una pieza de museo, más apreciada y sorprendente que un formidable hueso de dinosauro o de diplodocus.

Asentí, y fuimos a la taberna. Cuando cruzamos la cortina de cañas articuladas, con aire de cansancio, una vaharada de licores aromáticos, de frituras anacrónicas y de sudor humano, nos hirió el olfato. Yo hice un gesto de asco, pero Ethel me sonrió, con su admirable sentido de adaptación a los más dispares ambientes.

Un camarero iraquí nos atendió con solicitud. Era muy moreno, de faz rugosa, ojos oscuros y enigmáticos y fez rojo. Nos dejó ante un mirador asomado al muelle de Basra.

—¿Qué desean tomar los señores? —preguntó en un buen inglés.

—Algo fresco. Y no muy fuerte —sonrió Ethel.

—No sé si tendremos algo así —dijo el camarero, sonriendo a su vez—. Pero lo buscaré, señora.

Se alejó. Yo miré en torno. No había mucha gente allí. En realidad estábamos solos Ethel y yo. No, no exactamente solos. Había también un hombre. Un hombre solitario, en una mesa alejada, pero igualmente asomada al muelle. Era un viejo árabe, de faz broncínea, barba blanca, muy poblada, y turbante azul claro, rodeando su frente, amplia y rugosa, sobre unos ojos oscuros y entornados, que se fijaban en algún lugar inconcreto, más allá del ventanal.

El camarero nos sirvió lo que habíamos pedido. Luego, pareció advertir algo. Miró hacia la mesa del hombre solitario. Yo también. El árabe de barba blanca nos miraba.

—Si ese borracho les pide licor, no le den —indicó entre dientes, inclinándose el camarero hacia nosotros—. Es un viejo fantástico que sólo dice mentiras y abusa de los turistas para sacar un trago.

Ethel me sonrió. Yo entendí lo que quería decir. Ella era así. Entonces, ante la sorpresa del camarero, hablé, tendiéndole la botella de barro llena de fresco vino, árabe que nos había servido.

—Dele un trago— dije—. Y dígale, cuando llene su vaso, que no necesita contarnos ninguna de sus mentiras. Puede beber sin necesidad de hacerlo.

—Bueno, allá usted. Si quiere darle vino a Simbad, usted sabrá lo que hace… —dijo el camarero, encogiéndose de hombros y disponiéndose a ir hacia la mesa del hombre.

—¿Simbad? —dije bruscamente, enarcando las cejas. Ethel y yo cruzamos, una mirada. Añadí—: ¿Ese nombre es corriente todavía en Irak?

—Oh, claro que no —rió el camarero—. Está casi extinguido. Y quizás ese viejo farsante borracho se haya llamado así. Pero a él le gusta que la gente crea que él es Simbad. Dice que es marino…

—Simbad, el Marino, debió morir hace miles de años… si existió alguna vez —rió mi esposa.

—Es lo que dicen todos. Pero el viejo tiene salida para todo. Asegura que él es descendiente del auténtico Simbad y que se llama igual. Que ha navegado por todos los mares, como el famoso Simbad de la leyenda. Naturalmente, nadie puede creerle.

Se fue a su mesa, le llenó el vaso de vino. Sorprendido, el viejo de la blanca barba nos miró; Levantó entonces el vaso, como brindando, por nosotros, y bebió un trago. Yo incliné la cabeza, en muda señal de gratitud. Ethel se limitó a estudiarle fijamente.

—Ahí tienes un ejemplar humano de gran interés para tus crónicas —dijo ella de repente—, ¿No vas a escribir algo sobre él, Todd?

—Es posible. Pero tendría que escribir también sobre centenares de tipos así.

—No abunda la gente que diga llamarse Simbad y descender del auténtico marino de «Las Mil y Una Noches».

—Yo también puedo decir que me llamo Washington y descender del primer presidente americano —reí—. Pero eso no será motivo suficiente para que nadie escriba sobre mí, excepto el psiquiatra del Medical Center.

—Oh, Todd, a veces resultas irritante. Es que yo, querido, creo que ese hombre puede ser lo que dice.

—¿De veras? —La miré, burlón—. ¿Simbad, el Marino, biznieto o tataranieto de Simbad, el Marino?

—¿Y por qué no? ¿Qué sabemos nosotros de él?

—Posiblemente lo sepan aquí, en Basra. Y se ríen de él, Ethel.

—También se rieron de la que decía ser Anastasia, hace treinta años. Y resultó serlo. Lo malo es que lo averiguaron cuando ya estaba muerta.

—Eso no quiere decir nada, querida. Deja de ser impresionable y…

—Su esposa no es impresionable, señor. Ella tiene acaso un sexto sentido. Es la primera persona que cree en mí desde hace muchos años.

Di un respingo. Hasta Ethel levantó la cabeza, sorprendida. Ni ella ni yo habíamos advertido la llegada del árabe del turbante azul y barba blanca. Pero estaba allí, erguido junto a nosotros, mirándome gravemente.

—Diablo, me dio un susto —dije algo molesto—. ¿Ha oído

nuestra conversación?

—Casi la presentí, señor —dijo con un tono extraño el árabe—. En realidad, tenía que suceder un día u otro, Está escrito así.

Me dejó confuso. Hablaba un inglés impecable. Demasiado bueno para ser un viejo iluso, perdido en la resaca humana de los puertos. Le estudié con mayor interés. Traía el vaso vacío en su mano, rugosa y oscura. Hice acción de rellenárselo, pero él se negó con una sonrisa que, contra lo que esperaba, mostró una dentadura blanca e impecable.

—No, señor; gracias. No soy un viejo borracho, como creen los demás. —Miró fijamente hacia mí. Luego desvió sus ojos oscuros y ardientes hacia Ethel. Perecía la mirada de un hombre joven, a pesar de su aspecto venerable y decrépito. También sus dientes me lo habían parecido. Ahora comenzó a decir—: Digo cosas increíbles, lo sé. Pero sólo hablo la verdad. Nadie La cree. No espero tampoco que la crean. Sin embargo, está escrito. El día que alguien crea en mí… la maldición dejará de existir y de tener fuerza. Su esposa, señor ha empezado a creer. Ojalá fuera posible que siguiese creyendo. Pero lo malo es que yo sé lo que puede ser y lo que no puede ser. He aprendido a separar lo posible de lo imposible. Nadie, jamás, creerá mis palabras. Y yo seguiré aquí…

Señaló con asco, casi con horror, todo lo que le rodeaba. La cantina, el puerto de Basra, los buques de velas rojas, las aguas azules, aquel mundo asombroso del pasado.

—Es como estar anclado donde jamás nadie acudirá a levar anclas y hacer navegar el buque —dijo, plañidero—. He vuelto al lugar de donde nunca saldré. Yo, Simbad, hice mi última singladura,

Ethel le estudiaba con una intensidad sorprendente. Parecía creer de veras en aquel asombroso tipo. Más por complacerla a ella y por seguir la corriente al individuo, inquirí de él:

—¿Se llama realmente Simbad, amigo?

—Sí. —Me clavó sus ojos ardientes, y casi, me hizo daño—. Simbad, el Marino. Hijo de Simbad, el Marino, y nieto de Simbad, el Marino. En tiempos pasados, un Simbad, familiar mío, quedó inmortalizado en los cuentos de Arabia. No soy un loco. Soy familia de él.

—Y aunque así fuese, ¿qué significa esa maldición? ¿A qué

singladura se refiere? —Y lo decía convencido de que aquella fantasía me costaría un nuevo convite, una comida o unos billetes de gratificación.

El árabe de la blanca barba movió la cabeza con aire indeciso. Luego, rió. Parecía asombrosamente joven cuando lo hacía. Y hasta arrogante. Pero sólo era una sensación fugaz.

—No, no —denegó muy vivamente—. Si hablara de eso sí que se reirían de mí. No debo referirlo. Es tan inútil como doloroso para mí.

—Vamos, hable de ello le instó Ethel, tomando la voz cantante —Siéntese aquí, refiriéndonos su historia… Me gustaría conocerla, Simbad. Me gustaría mucho conocerla…

Simbad la miró. Ella soportó su mirada, muy erguida, sin dejar de observarle. El viejo árabe pareció decidirse de repente.

—Está bien —dijo—. Usted ha creído algo en mí. Aunque sea poco, merece saberlo. Luego no creerá nada. Pero es igual. Tal vez sea la última persona a quien le cuento mi historia. El último viaje de Simbad…

Se sentó entre Ethel y yo. Nos miró a ambos. Hubo una pausa, durante la cual viejos recuerdos del hombre de barba blanca parecían irse acumulando y ordenando en su mente. Por fin comenzó a hablar, reposada y serenamente:

—Yo no pertenezco a esta época, señores… He nacido en otro lugar del tiempo y sólo yo soy culpable de haber sido trasladado al siglo XX, donde me hallo desterrado.

Parpadeé. Era más fantástico aún de lo que esperaba. Lo entendía, ciertamente, como lo entendía Ethel. Pero para venir de un viejo árabe portuario el cuento era demasiado imaginativo, aun en 1995. Me pregunté dónde habría leído algo así. Y me sobresaltó su voz, porque fue como si hubiera leído en mi mente.

—No, no leí eso en ninguna parte, señor —dijo con voz grave, aunque sonreía—. Me sucedió a mí durante mi último viaje, a bordo de mi nave. A bordo de la última nave que jamás tripulé ni volveré a tripular.

—¿A qué mares fue con ella, Simbad? —inquirió mi esposa con admirable serenidad.

—Al mar más grandioso de todos, señora. A un océano sin agua ni límites —señaló hacia el ventanal, por encima del agua azul y de

las velas rojas de los viejos navíos—. Al espacio, señora.

Era un disparate detrás de otro. Claro que el espacio estaba conquistado. Al menos, hasta la Luna. Pero no para un viejo árabe que sería joven y fuerte cuando los humanos aún se preocupaban en lanzar cohetes experimentales al espacio exterior.

Le miré, entre divertido y enfadado. De nuevo pareció leer en mi mente al replicar:

—No me refiero a viajes cortos, ni a un vuelo lunar, señor, Yo fui más allá. Al verdadero espacio, señor. Más allá de Marte, de Venus. Más allá del Sistema Solar. Adonde el tiempo y el espacio nada significan.

Iba a decir algo. Ethel me cortó, con una rara expresión de interés, haciendo un gesto seco hacia mí. Mirando fijamente a Simbad, le preguntó:

—¿Cómo fue eso, Simbad? ¿Y cuándo?

Después de todo, parecía tomárselo en serio. Era preferible dejar que se divirtiese, dejando al pobre diablo la impresión de que, realmente se podían creer aquellas majaderías y disparates.

Simbad, en cambio, no parecía sorprenderse porque ella le hiciera aquella pregunta. Y habló con una serenidad asombrosa, como si realmente estuviera evocando algo cierto, algo que le había sucedido a él:

—Le contaré, señora. Eso sucedió en mi tiempo. Justamente sucederá dentro de cien años… Para ustedes, yo aún no he nacido. Pero hubo un error en mi destierro y llegué a ésta época en mi proyección al pasado.

Hizo una pausa, una breve pausa. No sé si para agudizar su fantástica imaginación o para hilvanar mejor sus «recuerdos». Diablo, ¿es que también iba yo a dejarme engañar por el gran farsante?

Él ya continuaba, con una voz profunda, casi profética, como llegando de una distancia inescrutable y remota para nosotros:

—Entonces, dentro de cien años, el espacio estará conquistado, y el Sistema Solar será terreno cruzado por el hombre con toda facilidad. Será entonces cuando se empiece a intentar el vuelo interestelar, el salto a lejanos astros… Yo, en mi tiempo, vi eso que tiene que suceder aún para ustedes. Y, lo que es más, yo, Simbad, el Marino, tuve la ocasión de manejar la nave más fantástica e

increíble de todas. La primera nave intergaláctica, el primer navío del espacio, hacia los límites del Cosmos… Ahora, señores, sabrán ustedes, por boca de un hombre que aún no ha nacido lo que sucederá dentro de un siglo… Sabrán ustedes cómo, en el futuro, en lo que aún está por venir, Simbad viajó a las estrellas…



PRIMERA PARTE
EL GRAN DESTINO

Capítulo primero

LA NAVE DE SIMBAD

MAL año de pesca ha sido éste, hijo… La radiactividad de la última guerra nuclear, acumulada en las aguas, ha aniquilado a casi todos los peces.

Simbad asintió, con gesto sombrío, recogiendo los útiles de pesca de su turbonave submarina destinada a recoger el plateado fruto de los mares para los mercados mundiales. Era un muchacho arrogante, atlético, de broncínea piel brillante, ojos oscuros y llameantes, negro cabello y rostro anguloso y enérgico. Aún vestía como los antiguos árabes, antepasados suyos, con turbante, taparrabos y babuchas, cuando no iba descalzo.

—Será, preciso ganarse la vida de otra forma, padre —dijo lentamente, guardando los útiles de pescador en la caja metálica de la turbonave—. Con lo que hemos obtenido en la pesca no creo que podamos soportar toda la temporada. Hará falta dinero… y más estando tú enfermo.

Simbad padre no dijo nada. Comprendía la razón de lo que decía su hijo. Pero había algo que no veía claro y lo manifestó

claramente:

—¿Y en qué puedes trabajar tú, hijo mío? La pesca y la navegación no son precisamente un buen porvenir ni un medio de ganar dinero hoy en día.

—Soy buen marino. Encontraré algo donde trabajar, padre. No te preocupes por mí.

Su padre asintió. Pero en el fondo no estaba muy seguro de que lo que decía su hijo pudiera ser cierto. Aunque en realidad tampoco quería desilusionar al joven.

* * *

Pero Simbad hijo no hablaba de ilusiones. Tampoco se equivocó al pronosticar a su padre que se ganaría la vida de otro modo, tras el fracaso de su labor marina y pescadora en aguas que la pasada guerra internacional atómica habían arrasado, con su radiactividad, mortal para los peces.

Aquel día en que hablara con su padre había quedado atrás. Por desgracia, Simbad padre había muerto. Su enfermedad acaso se agravó con la influencia de la atmósfera radiactiva de postguerra. Los hombres seguían siendo tan estúpidos y crueles como para aniquilar la propia vida sobre la Tierra con ingenios nucleares de mortífera acción.

Ahora Simbad era uno de los empleados de la gran Sociedad Mundial de Navegación Marítima y Espacial en El Cairo. Había empezado por una baja y dura labor en la sección de Navegación Marítima. Pero al mismo tiempo de trabajar estudió y se preparó en la Escuela de Formación de la propia Sociedad, gratuita para los empleados de la empresa, conforme a la reciente ley aprobada por la Federación de Estados Mundiales.

Simbad era un muchacho inteligente. En él parecían conjugarse armoniosa y perfectamente el vigor físico y la agudeza mental. Sus estudios nocturnos, terminada la ruda labor, y las horas quitadas al sueño, ilustrándose en la Tecnoteca de Estudio de la empresa, le fueron dando la educación, cultura y conocimientos que padre, marino y pescador de Basra jamás pudo darle.

A los dos años, el joven Simbad era ya un técnico, capataz de la sección de Navegación Marítima y anexo como experto a la sección

de Cartografía Celeste, Vuelos Espaciales y Navegación Interplanetaria de la empresa.

Su sueldo había aumentado considerablemente. Pero Simbad no parecía preocuparle demasiado eso. Había ambicionado dinero mientras vivió su padre enfermo para poderle atender dignamente. Ahora, cuando era él solo, y sólo de sí mismo tenía que cuidar, prefería acumular conocimientos en vez de dinero. Él estaba seguro de que el futuro del mundo y de los humanos no estaba en el vil dinero, sino en lo que un hombre pudiese conocer de todo aquello que formaba su terreno propicio, según la época en que le tocase vivir.

El período de vacaciones aquel año lo aprovechó en ampliar sus estudios sin abandonar El Cairo, y cuando se presentó de nuevo a trabajar lo hizo presentando a la vez una solicitud de exámenes superiores para navegante espacial.

Asombrado y un poco escéptico, su delegado superior le concedió el permiso de examen anual. Si fracasaba, tendría que esperar otro año para cambiar de sección y convertirse en aquello que ambicionaba: piloto de supernaves del espacio. Cargo difícil y arduo, al alcance de muy pocos, por la singular conjunción de facultades físicas y mentales, unidas a un gran dominio de la técnica, un valor suicida y un absoluto desprecio por el peligro.

Se examinó Simbad. Había otros diez aspirantes el mismo día ante el tribunal técnico de la Sociedad, al que se unían siempre dos miembros de la Comisión Internacional del Espacio, para supervisar la capacidad del examinado y su preparación.

Únicamente se extendió un aprobado con magníficas puntuaciones: Simbad, el Marino.

Así el joven Simbad pasó al Pabellón de Astronáutica Superior. Con el indiscutible y preciado título de piloto del espacio, que podía, utilizar como civil, militar o simplemente como miembro de una sociedad comercial.

—Enhorabuena, Simbad —le había dicho Sandor McAlden, vicepresidente de la Sociedad Mundial de Navegación Marítima y Espacial—. En pocos años has llegado de lo más bajo a uno de los puestos más difíciles y complejos de nuestra empresa. Tu tesón, tu inteligencia y tus facultades te lo han permitido. Sólo una cosa soy capaz de hacer por ti, muchacho, en justo premio a esa condición

tuya, admirable y digna de recompensa: proponerte para el «Proyecto Nebulae».

—¿Proyecto Nebulae»? —Simbad parpadeó; había oído hablar de eso. Pero, como todo el mundo en la empresa, ignoraba concretamente lo que ocultaba la nomenclatura—. No sé lo que pueda ser, señor…

—El más ambicioso proyecto de la Humanidad, desde que existe el mundo, hijo mío —sonrió McAlden.

—Creí que la mayor ambición se había rebasado, señor. El ser humano ha conquistado el fondo de los mares, el interior de la Tierra, el espacio exterior. Ha llegado a Marte, a Venus, ha salpicado el cielo solar con astros mecánicos, con plataformas espaciales y con mundos artificiales de gran valor técnico y científico. ¿Qué más puede ambicionarse?

—El hombre ambicionó siempre algo. Algo que estuvo por encima de todo eso —dijo McAlden, soñador. Suspiró, con sus grises ojos perdidos en el techo del vitroplast transparente, que parecía ponerles en contacto con el cielo, de un intenso azul cobalto, sobre las cúpulas blancas de la nueva ciudad ultramoderna de El Cairo. Anochecía, y algunos lejanos parpadeos blancos o azulados iban salpicando la inmensidad que se oscurecía—. Ahí está, la respuesta, Simbad. Más allá de esa cúpula transparente.

Los oscuros, inteligentes ojos de Simbad volaron materialmente hacia el espacio cuando levantó su firme cabeza y miró a lo alto. Entendió en seguida.

— ¿Las estrellas?

—Sí. Las estrellas, Simbad.

Hubo un silencio. Simbad tragó saliva. Apartó los fascinados ojos de la distancia inmensa, inaccesible. Incluso en aquella, era prodigiosa y suprema de finales del siglo XXI, casi en los umbrales del siglo XXII, había cosas aún vedadas a la planta del hombre. Como dijera McAlden, las estrellas… La vieja ambición del hombre que soñaba imposibles. Lo que nunca había sido posible.

—No se consiguió nunca, señor —dijo lentamente—. Sería precisa la velocidad de la luz. Y aun así, ¿cuánto tardaría un viajero? Miles de años, millones para llegar a Andrómeda, o a cualquier otro lugar de esos mundos remotos.

—Los designios de Dios son inescrutables, Simbad. Y su Creación

es demasiado maravillosa y compleja para saber a ciencia cierta dónde se termina lo posible y empieza lo imposible. La Ciencia creía tener todas las respuestas. Y muchas veces hubo de confesar su fracaso ante el genio humano, auténtica obra de Dios, superior a la propia Ciencia.

—Pero posiblemente el genio humano se estrelle ante el tiempo inabarcable —observó Simbad—. Nadie puede viajar miles, millones de años. Aunque el tiempo fuese sólo un concepto inexistente más allá de nuestro Sistema Solar, un segundo no son millones de años. Un ser humano se aburriría, moriría inevitablemente en ese viaje fabuloso.

—Más allá de la luz y de las velocidades conocidas tiene que haber un medio de viajar a través de distancias increíbles, Simbad. Es lo que sostiene el profesor Ahmed Kahn.

—¿Ahmed Kahn? —Simbad enarcó las cejas. Conocía al sabio hindú, investigador nuclear, físico notable y autor de numerosos medios de viaje espacial, que alzaron el éxito, para llegar a Júpiter, a Saturno y Plutón—. ¿Él lo cree realmente factible?

El tono de McAlden se hizo ahora inquietante, singular, estremecedor. Inclinóse sobre la mesa vidriosa, clavó su mirada a Simbad y desgranó sus palabras una a una, con el tono susurrado de quien pronuncia algo prohibido:

—No es que él lo crea factible, Simbad… Es que cree tenerlo ya logrado. Ese es el «Proyecto Nebulae».

* * *

—Le ruego que me lleve con usted, profesor Ahmed Kahn.

Ahmed Kahn contempló al joven Simbad con aire perplejo. Las facciones afiladas, herméticas y cobrizas del científico, bajo el turbante de negra seda, que parecía no encajar en su bata plástica, se iluminaron fantásticamente, bajo el foco de luz violácea de su estudio.

—El señor McAlden me ha hablado de usted, joven Simbad —dijo el sabio hindú, con voz grave, pastosa, que parecía hacer vibrar los muros—. ¿Por qué tengo que llevarle? Usted es un joven inteligente y fuerte, lo sé. Pero eso no basta. Sería suficiente para otro viaje siquiera. Esto… esto no, Simbad…

—¿Por qué no, profesor?

—Es algo diferente a cuanto se ha intentado hasta hoy. Es… es como viajar hacia otros conceptos de la vida. Es como penetrar en un mundo prohibido. Igual que perforar esa pared y penetrar en una dimensión desconocida, nueva y terrible. Es, tal vez, la muerte.

—Todo experimento científico puede ser la muerte. Es uno de los finales previstos en un proyecto exploratorio —dijo fríamente Simbad—. Cristóbal Colón hace ocho siglos, sabía que si no hallaba una nueva tierra, moriría. Y halló esa tierra. El ser humano, al ser puesto en órbita por vez primera, hace doscientos años supo la misma verdad indiscutible: el fracaso era la muerte. ¡Y no fracasó! El hecho se repitió cuando, pisó la Luna con su nave provista de algas generadoras de aire y su sistema de extracción de oxígeno del suelo lunar. Vivió. Y volvió a la Tierra. Marte, Venus, incluso Júpiter, Urano, Neptuno y Plutón, fueron alcanzados. Algunos encontraron esa negra meta de la muerte, profesor. Pero era su riesgo. Sabían que sólo había dos alternativas: triunfo o final eterno. Ningún hombre con auténtico espíritu de conquista, se detiene ante ello.

Ahmed Kahn le había escuchado en silencio, sin apartar sus extrañas pupilas color ámbar de la faz enérgica, musculosa y dura de Simbad. Al enmudecer éste, el hindú sonrió.

Dijo:

—Convincente, Simbad. Muy convincente. Pero esto es distinto. Quizá ni siquiera es un viaje. Por lo menos, como se entendieron hasta hoy los viajes. Un vuelo a más de trescientos mil kilómetros por segundo, convertiría nuestra masa en una materia de infinito volumen, Está positivamente comprobado, hijo. No vamos a volar por el espacio, pues, a una super velocidad ni nada parecido. Es una forma de viaje desconocida para, el ser humano. Es… una probabilidad entre diez, de terminar con vida en alguna parte del espacio remoto, en alguna galaxia adonde jamás soñó el hombre en llegar. En nueve probabilidades, hallaremos la muerte. Una muerte horrible, que nadie conocerá jamás. Simplemente, no volveremos. Pero nadie sabrá dónde nos quedamos…

—No me asusta, profesor. Iré, a pesar de todo, si usted me autoriza.

—¿Eres un inconsciente?

—Tal vez. Pero yo creo que soy un hombre que quiere ir más allá. La Historia del Mundo está llena de seres así. Y gracias a ellos, estamos donde estamos.

Ahmed Kahn suspiró, inclinando la cabeza. La luz violácea jugueteó con reflejos tornasolados, en el terso, brillante negro de su turbante.

—Muy bien —dijo simplemente, tras un silencio—. Me has convencido, muchacho. Bien sabe Dios que es una locura que quería, realizar yo solo. Ahora, seremos dos… Tú y yo, Simbad, Después de todo, tienes nombre de marino legendario. Sólo que tú llegarás más lejos de lo que nunca llego marino alguno. Es una singladura fabulosa, Simbad, la que vas a emprender con la nave más increíble de todos los tiempos…

—Gracias, señor —suspiró Simbad, inclinando la cabeza con alivio—. Dios quiera que, como mi antepasado, regresemos de ese viaje…

Capítulo II

LA NAVE DE SIMBAD

Es mi ayudante, el profesor Abdul Gamel. Ustedes trabajarán juntos, hasta la fecha de la partida —informó Ahmed Kahn—. Luego, solamente saldremos nosotros dos de viaje, Simbad.

El joven marino convertido en piloto espacial, estrechó la mano firme y broncínea del atlético joven de barbita recortada y ojos grises, que le acababa de presentar el sabio. Sonrió el joven auxiliar, y Simbad le preguntó:

—¿Usted no quiere venir?

Abdul le miró tristemente.

—No podría, aunque quisiera —dijo Abdul Gamel, con aire contrariado—. Mi corazón no resistiría. El electrocardiograma dio resultado negativo, Simbad. Le envidio por lo que va a lograr.

—¿Y si no lo logramos? —sonrió Simbad, lúgubremente—. ¿Nos envidiará también, Abdul?

—Aun así —asintió Abdul—. Habrá merecido la pena, Simbad…

Él asintió. Sí, tenía razón el joven auxiliar de Ahmed Kahn. Habría merecido la pena. Ocurriese lo que ocurriese…

—Venga conmigo —dijo Abdul, tras un silencio—. Le mostraré la planta destinada a la nave. Y no se sorprenda demasiado por lo que va a ver. Si sabe lo que son viajes espaciales, lo que va a encontrarse ahora, no se parecerá en nada al concepto que pueda tener de una nave del espacio.

—Tampoco el viaje que proyecta el profesor Kahn tiene nada de parecido con los que hasta hoy se hicieron. Por tanto, los medios han de ser distintos. Estoy realmente intrigado por ello.

—Ahora saldrá de dudas, de preguntas y de confusiones,

Simbad. Pero no le ayudará a desechar temores e incógnitas sobre el final de ese viaje…

—No hay temores. Incógnitas, sí. A eso vamos; A despejar la gran incógnita del misterio supremo de los cielos.

Abdul no dijo nada. Se limitó a asentir con un movimiento de cabeza, guiando, a Simbad por un corredor metálico, en el que sus suaves zapatos de goma apenas si producían ruido, y por fin se detuvo ante la puerta circular abierta en el muro. Un rótulo luminoso centelleaba en rojo sobre aquella puerta redonda.

PROHIBIDO TERMINANTEMENTE EL PASO.
ALÉJENSE DE ESTE CORREDOR

—Hay que adoptar precauciones —sonrió Abdul—. Hay materias peligrosas ahí dentro. Y objetos delicados. No conviene que persona alguna, ajena, al Proyecto, se halle por aquí. Todo debe realizarse en el mayor secreto. Para toda la empresa, exceptuados el profesor Ahmed Kahn, usted, yo y el señor McAlden y el Director de Investigaciones Superiores del Espacio, el «Proyecto Nebulae» no significa nada. Es solamente el nombre de un estudio más, entre los cientos que realizamos aquí dentro.

Aproximóse Abdul a la puerta circular. Comprobó la presión en un tubo magnético, y dio unos giros precisos a una rueda dentada, después de situar una aguja movible en una cifra determinada. Tras varios giros, sonó un chasquido. Pero la puerta no se abrió aún. Fue preciso volver a graduar la aguja, en una nueva cifra, y dar otros giros a la rueda, en sentido inverso. El tubo graduador de presión descendió a cero. Otro chasquido, y la hoja metálica, blindada, se deslizó silenciosamente sobre una vía invisible y bien engrasada.

—Adentro, Simbad —sonrió Abdul—. Quizá, con su nombre, le han equivocado de cuento. Esto me parece más a «Alí Babá», con su «Ábrete, Sésamo», que a los viajes marítimos de su antepasado, ¿no le parece?

Simbad rió la ocurrencia, y luego hizo un comentario:

—Es natural guardar bien la cámara de experimentos. La materia que mueva la nave o lo que sea, ha de ser preciosa. Podría robarla cualquiera. Además, también podría ser peligrosa en manos extrañas.

—Ciertamente. No es que la materia motriz esté ahí todavía. Es el secreto número uno, que Ahmed Kahn guarda celosamente hasta el instante final. No quiere correr riesgos. Habría potencias extranjeras capaces de todo, con tal de impedir que la Unión de Estados de Oriente Medio derrote a otros países más adelantados en teoría.

—Sí, entiendo. La envidia y la ambición, no varían jamás. Fue siempre así, a lo largo de los siglos, Abdul.

Habían entrado en la cámara. Era amplia, pero no mucho. Se hallaba situada en el centro justo del Pabellón Experimental de la Sociedad de Navegación de El Cairo, en su factoría de experimentos e investigaciones, en pleno desierto, a pocas millas de la autopista de las Pirámides, y del Supercanal 3 del Nilo.

Y allí, en el centro de la cámara circular, sobre una armazón metálica, con escalones, descubrió sobre una superficie de metalplast, o blanca aleación de metal incandescente y plástico refractario, la más extraña e inesperada de las naves.

Era simplemente un tubo cilíndrico, de muros transparentes, plásticos o vítreos, y dimensiones reducidas. No más de tres personas tendrían cabida, tendidas allí dentro, sobre la especie de suelo o lecho de espuma plástica, dentro del tubo vidrioso.

—¿Eso es la nave? —se asombró Simbad, a pesar de que esperaba algo anómalo.

—Sí, eso es —sonrió Abdul—. Extraño, ¿eh?

—Muy extraño. No veo motores, ni maquinaria, ni mandos… Solamente un tubo transparente… ¿Cómo se maneja eso? ¿Controlado desde tierra tal vez?

—No, no. Es autónoma por completo. En cuanto salgan de la Tierra, nadie tendrá parte en su funcionamiento. Será una nave viajando por el espacio. Pero quizá de un modo que usted no imagina…

Simbad se aproximó a la nave. Abdul le dijo que podía subir a examinar el tubo. Lo hizo, escalando los tramos metálicos de la armazón o soporte. Se inclinó, mirando el interior del tubo.

Había mandos, pero insignificantes, al final del tubo. Sobre un «tablier» ovalado, reducido, una esfera graduada, y dos botones. Azul uno, rojo el otro. Nada más.

Se volvió, perplejo, tras un nuevo examen en el que nada

descubrió. Abdul Gamel sonreía, burlón, al pie del soporte de la nave del espacio con la que Ahmed Kahn soñaba con ir a las estrellas.

—No lo entiendo —declaró—. No puedo entenderlo…

—Es muy natural —dijo una voz tras de él—. Esperaba que no lo entendiese, Simbad.

El y Abdul se volvieron, sobresaltados. Allí estaba el profesor Ahmed Kahn. Con un gesto risueño, hundidas las manos en los bolsillos de su bata blanca, de plástico. Erguido en la entrada de la cámara secreta.

—Profesor Kahn, esto es un enigma —habló Simbad—. ¿Cómo espera enviar eso a los astros, con dos hombres dentro? ¿Qué materia, qué fuerza motriz puede mover ese tubo a través de miles de años-luz de distancia?

—El motor más increíble y cierto de todos. El que hace breves todas, las distancias: El Tiempo…

—¿El Tiempo? —Simbad parpadeó. Bajó del soporte, mirando con asombro a Kahn—. No estará hablando en serio, ¿verdad?

—Perfecta, totalmente en serio, Simbad amigo —rió Ahmed Kahn—. ¿Ve cómo no es éste un viaje vulgar? Es, como le dije, un salto a una Dimensión que desconocemos. Si son años-luz los que nos separan de esos planetas… hemos de viajar a través de los años-luz, no a través del espacio, que tardaríamos en recorrer precisamente años y años, hasta miles o millones, incluso a la velocidad misma de la luz.

—Pero, profesor, son conceptos inseparables: Espacio y Tiempo, o Tiempo y Espacio. No podemos viajar por uno de ellos, desechando el otro. Eso es factible en teoría, pero nunca en el terreno de la práctica…

—Ahí está el error. Todo es irrealizable, hasta que alguien lo realiza sonrió Kahn —Le dije que era una prueba desesperada. Tenernos una posibilidad contra nueve, de que se pueda lograr lo propuesto. Pero aún es tiempo, Simbad. Aún tiene los pies en la Tierra. Puede renunciar al viaje. Nadie lo va a encontrar mal, y yo menos que nadie. Es más, lo encontraría lógico y humano. En caso contrario, sabiendo ahora lo incierto, lo tremendo de la prueba, tendría que calificarle de loco, Simbad, si se decidiera a venir…

—Siempre debí de estar un poco loco, profesor Kahn —suspiró

Simbad—. No voy a cambiar ahora…

Ahmed Kahn movió la cabeza de un lado a otro, con pesar. Pero sonrió, orgulloso.

—Sí, creo que está loco. Sublimemente loco, como todo el que desprecia el peligro, por el éxito de un azar que tal vez nunca se alcanzará… Está bien, Simbad. Venga. Y usted también, Abdul. Van a conocer, por vez primera, el funcionamiento de la nave, y lo que espero de ella y de su travesía por el mar de los cielos infinitos…

—¿Ahora? —se sorprendió Abdul Gamel.

—Sí, ahora. Alguna vez tenía que ser. Ésta es tan buena como otra cualquiera. He consultado con los servicios técnicos del Observatorio de El Cairo y de Teherán. Todos coinciden con el informe del Centro Espacial de Moscú, el Observatorio de Hamburgo y los datos radiografiados desde el Satélite Investigador número 4, en la órbita lunar.

— ¿En qué coinciden, profesor Kahn? —indagó Simbad.

—Estamos en la posición ideal para intentar el viaje hacia nuestro destino.

—¿A las estrellas ya, profesor? —aun a su pesar Simbad se estremeció.

—A un grupo de estrellas fascinante, Simbad. Al lugar de los espacios donde alcanza la visión humana, más enigmático y sugestivo de todos: ¡Andrómeda!

—¡Andrómeda! —Simbad palideció, dando un paso atrás. Parpadeó, clavando sus ojos en el sabio hindú—. ¡Cielos, no es posible!…

—Andrómeda… a dos millones de años-luz de la Tierra». —jadeó Abdul, asustado.

—Será igualmente fácil o difícil arribar allí como al Sol, que es nuestra estrella más próxima. Podríamos dirigirnos a Hércules, nebulosa número 13, solamente a treinta y cuatro mil años-luz del Sistema Solar, o también a Alpha Centauro, solamente a cuatro años-luz. Pero no. No iremos a ninguna de esas, Simbad. Este viaje ha de ser algo excepcional, algo que, de una vez para todas, resuelva el eterno problema de las distancias infinitas, inaccesibles. Si llegamos a Andrómeda, y volvemos sin que el Tiempo haya pasado por nosotros, sin que siquiera nos hayamos sentido aburridos o cansados de viajar, el triunfo será definitivo. La ciencia

humana, habrá logrado acercarse más a Dios y a su obra maravillosa. Es lo que estamos tentando ahora. Nuestras vidas son el tributo. Un pobre precio, para una victoria así…

—El Tiempo puede no pasar para nosotros, si rebasamos toda velocidad material, y nos elevamos por encima de los límites físicos de la luz misma —observó gravemente Simbad—. Pero ¿y aquí, en la Tierra? cuando volvamos… si volvemos… ¿qué habrá ocurrido en nuestro mundo? Quizá lo que para nosotros hayan sido horas, acaso minutos… aquí habrán sido ciertamente millones de años, porque es lo que habremos tardado, materialmente, en el traslado, aunque el concepto del Tiempo, más allá de los límites que salvemos, deje de ser el de aquí. Eso no alterará el curso de la vida y de la muerte en la Tierra…

—Es lo que pretendo, Simbad. El doble triunfo de que el Tiempo no sea igual… ni para nosotros ni para la Tierra… Cuando se rompen las reglas naturales del Universo, todo es posible. La incógnita es ésta: ¿Lograremos romperlas realmente? Una afirmación, es el éxito.

—Una negativa, la muerte —asintió Simbad—. Lo sé, profesor. Adelante, pues. Vamos a Andrómeda… A la luz cegadora de los astros y de los soles distantes… o a las sombras eternas de la Muerte…

Ahmed Kahn no dijo nada. Se movió hacia el enigmático tubo de cristal plástico que había de salvar, en teoría, dos millones de años-luz de distancia. Una cantidad mareante de cifras, si se quería expresar en millas. Totalmente inabarcable por la mente humana.

A través de la cúpula de cristal del pabellón, Simbad contempló los lejanos astros. Chispas blancas o azules, salpicando el infinito. Lejanísimas, remotas, inaccesibles. Y, sin embargo, auténticas vecinas, si llegaban a aproximarse a aquel sueño imposible, fabuloso, que era la galaxia de Andrómeda, conjunto de miles y miles de estrellas, soles, acaso de planetas, y mundos, perdidos en una nebulosa colosal, con más de treinta años-luz de anchura en toda su nube luminiscente, sólo visible con poderosos telescopios. La Gran Nebulosa Espiral, M31, era sin duda el objetivo concreto de aquel gran loco o aquel sublime conquistador que era Ahmed Kahn, el sabio hindú.

Simbad iba a emprender la singladura más fantástica de todos

los tiempos, se dijo, Y a bordo de la nave más sorprendente y sencilla que se podía imaginar. Era como un destino, como estar predestinado a vivir siempre visitando lejanos lugares, si uno se llamaba Simbad y había navegado por los mares.

Sólo que esta vez, el viaje, sería mucho más largo, hacia lugares más lejanos de los que jamás pudo imaginar su fantástico antepasado, el hombre de los siete viajes maravillosos…

Ahmed Kahn había llegado al tubo de vidrio. Abrió su puerta, situada en un extremo del tubo, el opuesto al «tablier» oval. En su mano apareció algo. Abdul y Simbad cambiaron una mirada de extrañeza al advertir, en la enguantada mano del sabio, el pequeño tubo transparente, repleto de un gas rojo, de ondulante humareda, cerrado por un tapón metálico.

El sabio se volvió a ellos, sonriente, dentro ya del tubo de vidrio. Mostró el tubo, el pequeño, repleto de gas rojo, que llevaba en su mano enguantada.

—He aquí la materia —dijo Kahn—. La fuerza terrible que nos proyectará, cuando haga funcionar el proyector superlumínico, que es en realidad esta nave tan simple.

—¿Proyector superlumínico? —se sorprendió Simbad.

—Sí. Las moléculas y átomos de esta nave, con nosotros dentro, se descompondrán inmediatamente de oprimir el botón rojo, sometidos a un bombardeo formidable de energía termonuclear, pero realizada a tal frecuencia, que mantendrá esas moléculas y átomos como encerradas en una caja. La caja invisible será este propio tubo desintegrado, cuyos átomos externos se mantendrán desintegrados pero sujetos en una especie de general fuerza gravitatoria que impedirá todo destrozo. Al mismo tiempo, el cronograduador de a bordo, señalando la frecuencia de dos millones de años-luz, provocará el disparo de la materia disuelta, a través del espacio, justamente a esa velocidad. Una velocidad que ninguna materia con forma sólida, líquida ni siquiera gaseosa, podría soportar… Porque haremos el viaje de dos mil años-luz en escasos segundos…

—Dios mío…—habló roncamente Simbad, entendiendo la increíble revelación, y comprendiendo que, pese a su absurda complejidad, era lo cierto. Lo que había ya comprobado el profesor Kahn en su laboratorio… lo que iba a intentar ahora directamente,

con sus propios cuerpos, desintegrados dentro de un tubo cristalino, también desintegrado, pero amoldado en sus átomos disueltos, a una distancia inmutable, para volverse a reagrupar en alguna parte lejana, señalada por el crono-graduador.

Ahmed Kahn proseguía ya:

—Entonces, nuestra materia diluida llegará al punto señalado matemáticamente por el control de distancia y objetivo del cronograduador. Coincidentes entonces las tangentes de Espacio y Tiempo en un punto exacto, habremos llegado al mundo de luz donde las moléculas volverán a serlo cuando los átomos se liguen, bajo un bombardeo negativo de antineutrones y antielectrones, recuperando nuestra forma y naturaleza, exactas, a dos millones de años-luz, en el lugar elegido con científica, matemática precisión.

—¿Sin posibilidad de fallo en el blanco?

—Muy leve. Como puede serlo en un problema balístico complicado, pero resuelto matemáticamente. Factores ajenos pueden hundirlo todo. Es el mayor riesgo, Simbad. Tengo señalado ya el punto-clave de destino: el centro de la Gran Nebulosa Espiral de Andrómeda.

La Nébula M31, sobre las dos Nubes Magallánicas. Allí, el sol nos recibirá.

—¿Un sol con luz, con atmósfera, con vida animal? —pidió Simbad.

—Es el gran enigma —dijo el sabio, encogiéndose de hombros—. Llevamos aire suficiente para una emergencia. No durará más de lo que, en el Tiempo-Tierra, serían dos horas. Pero es que tampoco estaremos más en Andrómeda. Será llegar, confirmar científicamente el lugar, obtener fotografías, muestras de su materia, de su atmósfera o sus líquidos o gases, detectar si hay presencia humana, animal, vegetal o de cualquier especie de vida inteligente, y volver de nuevo, con la reserva de gas termonuclear de alta frecuencia que es este rojo gas del tubo. Una demora, sería fatal, irremediable.

—Entiendo. ¿Y espera hallar vida humana allí?

—¿Por qué no? —sonrió Ahmed Kahn—. El doctor Otto Struve, hace cientos de años, expuso una teoría muy atinada a mi juicio. En los billones y billones de planetas que existen en el Universo, al menos un millón son casi como gemelos de la Tierra en aire,

temperatura, estructura y condiciones de vida. Por lo que en iguales condiciones de luz solar, clima, aire, agua y tierra, pueden existir seres iguales a nosotros. El doctor Struve fue más lejos en su teoría, Simbad. Expuso la posibilidad de que si en ese millón de planetas, la vida tiene una evolución idéntica o similar a la que tuvo en nuestro mundo, puede haber allí seres humanos. Si no en el millón de planetas similares a la Tierra, sí en diez, en veinte mil, en cien mil acaso… ¿Por qué no hallar nosotros uno de esos miles de casos de posible vida humana, similar a la nuestra en estructura física, dimensiones e inteligencia de los seres?

Simbad no comentó nada. Había leído teorías así. Struve y las demás, podían tener razón. Una teoría es siempre factible de convertirse en realidad. Pero no es una realidad. Tal vez los billones de billones de mundos, astros, soles, planetas y satélites; estuvieran en su totalidad deshabitados. O, todo lo más, habitados por vegetales, animales desconocidos y especies inteligentes cuya forma de vida nada tendría de común con la terrestre.

No quiso replicar con estos argumentos a Ahmed Kahn. En vez de ello, contempló cómo el profesor Kahn iba introduciendo gas rojo en un orificio del «tablier» ovalado, que cerró luego herméticamente. Una dosis igual del gas, quedó en el tubo que esgrimía Ahmed Kahn. Este se volvió hacia Simbad y Abdul. Sonreía, triunfal.

—¿Dispuesto al viaje, Simbad? —indagó.

—Sí, profesor.

—¿No tiene nada que dejar resuelto, antes de la partida?

—Nada en absoluto. Al morir mi padre, me quedé solo. No tengo a nadie a quien encargar cosa alguna. Vamos, profesor Kahn…

El profesor se aproximó a Abdul, que parecía confuso por la urgencia del caso. Le tendió su mano, cordialmente.

—Hasta la vuelta, Abdul. O hasta nunca, no lo sé. En cuanto estemos dentro del tubo, salga de la cámara y cierre la puerta. Informé al personal técnico. Ellos saben que íbamos a intentarlo hoy, ahora mismo —consultó su reloj—. Faltan pocos minutos para el momento propicio. Adentro, Simbad.

Se dirigieron al tubo cristalino en cuyo suelo de espuma tendrían que mantenerse tendidos, en una especie de «animación suspendida», que les aislaría de todo tránsito de Tiempo, en torno

suyo, durante la desintegración y reintegración atómico-molecular.

Fue entonces cuando sucedió lo inesperado. Repentinamente, como sucede todo lo inesperado.

Abdul Gamel, había sacado algo de un bolsillo de su propia bata de auxiliar del profesor. Ese algo era una chata, peligrosa pistola térmica, de poderosa fuerza destructora. La fijó en el profesor Kahn y en Simbad. Y dijo con tono glacial:

—Apártese, profesor Kahn. Deje el tubo de gas rojo ahí dentro. Y usted, Simbad, póngase junto al profesor. No se acerquen a la nave, si no quieren que les convierta en pura carne achicharrada…

CAPÍTULO III

EL VIAJE

ESTABA hablando en serio. Simbad sintió una contracción en su cuerpo, al descubrir la clase de tipo que era Abdul. Había fingido servilmente una fidelidad que no sentía. Ahora, en el momento supremo, surgía la traición. Pero aún no sabía Simbad la posible razón que la provocaba. Y, al parecer, tampoco podía imaginarlo el propio Abmed Kahn.

—Esto es inaudito, Abdul —dijo roncamente Ahmed, clavando sus penetrantes ojos en el auxiliar armado que se le enfrentaba—. ¿Se trata de una broma de mal gusto o…?

—No me gustan las bromas. Cuando digo algo así, es en serio —replicó duramente Abdul—. Hará muy bien en obedecerme, profesor. La ficción ha terminado. Ahora, ese gas rojo, auténtica varita mágica del encantamiento, es mío. Y mío es el vehículo super-espacial. La gloria también será mía, profesor Kahn.

—O la muerte —le recordó lúgubremente Simbad, sin moverse.

—Cierra tú el pico, marinero —le cortó con rudeza Abdul—. No me interesan tus opiniones de piojoso engreído. No eres digno de llegar a las estrellas, sólo porque un sabio chiflado te haya elegido. Seré yo quien vaya. ¡Yo, imbéciles! Corro el riesgo de morir, como dices. Pero creo que el profesor no es tonto. Si se iba a arriesgar, era con ciertas posibilidades a su favor. Las mismas que tendré yo. Cuando vuelva, seré un héroe mundial. El primer hombre que fue a las estrellas. Aquello estará lleno de minerales riquísimos, de valiosísimas novedades. Seré rico y famoso. El primer ciudadano del mundo, profesor. Es demasiado, para renunciar a ello.

—Ya veo. De modo que no eres un vulgar agente enemigo, que

trate de apoderarse de la nave y ganar el poder para otros —dijo el profesor Kahn roncamente—. Todo es una egolatría demente, una ambición cobarde y ruin, de apropiarte de lo ajeno para tu propio lucro…

—Tuve ofertas de ciertos Servicios Secretos —rió el traidor—. Pero las rechacé. No me interesaba pasar por sospechoso jamás. No hasta que usted tuviera listo su gran trabajo. Que era éste, profesor Kahn… Vamos, apártense los dos. Voy a entrar en el tubo. Saldré hacia las estrellas…

—No pensarás hacerlo, dejándonos aquí dentro a nosotros —hablo Ahmed. Kahn— La radiactividad de la nave y de su super-explosión nuclear, nos aniquilaría en pocos minutos…

—Es, justamente, lo que haré —dijo Abdul fríamente—. Eso, o convertirles en pavesas con un par de disparos de esta pistolita. ¿Qué eligen? Quizá la radiactividad tenga curación, con los métodos actuales.

—Imposible —era Simbad quien hablaba La presión radiactiva que formará ese mecanismo termonuclear, nos saturará en menos de sesenta segundos. Usted sabe bien que será así, Abdul. Es como asesinarnos fría y deliberadamente.

—Ese es su criterio —se burló el traidor—. Vamos, apártense. Voy a entrar en la cápsula cilíndrica, Si intentan algo desesperado, no crean que vacilaré mucho en destruirles, junto conmigo y con la cápsula, Estuve esperando, hasta este momento, porque ignoraba el funcionamiento exacto, y la materia prima que movería esta nave. Ahora, sé que está a punto para ser disparada, sin más demoras, y que posee el gas nuclear precisa para su impulso hasta más allá de todo lo conocido. Eso me basta. Pero si no he de alcanzar la gloria que ambiciono, si he de seguir arrastrándome por la tierra como un vil gusano, destruiré a todo el que se interponga, y moriré yo mismo, sí hace falta.

—El que nació para vil gusano, seguirá siéndolo, hasta el fin de sus días —sentenció fríamente Ahmed Kahn.

—Es posible. Pero de humanos es rebelarse contra lo que está escrito. Yo lo hago. Dejen que llegue a mi meta, o todos seremos aniquilados.

—Nadie, sino Dios mismo, puede oponerse a lo quo sus designios escribieron en el libro del Destino —recordó Simbad

glacialmente—. De modo que todo es inútil, Abdul. No eres tú el señalado por la Providencia para llegar a las estrellas. Al menos, no eres el hombre noble y digno que las alcance con su propio esfuerzo…

—Lo veremos, Simbad. Creo que lo merezco más que tú, estúpido marino…

Se dispuso a entrar en el cilindro. Simbad no se atrevía a hacer nada, por miedo a arriesgar la vida de Ahmed Kahn. Una vida demasiado preciosa para la Ciencia, que correría peligro de muerte. Del otro modo, había una esperanza. Si antes de sesenta segundos lograban salir de aquella cámara, una vez producido el bombardeo nuclear de la nave, acaso Ahmed viviese. Hacían falta hombres como aquél, para que el progreso de la Humanidad no se detuviese.

Fue, sin embargo, el propio Ahmed Kahn, el que tomó la resolución heroica y desesperada. Muerte por muerte, prefirió la que aún podía salvar algo de lo perdido. No para él, sino para aquella misma Humanidad a la que siempre sirvió el noble científico hindú.

—No haga eso, profesor! —chilló rabiosamente Abdul Gamel.

Pero era inútil toda advertencia. Ahmed Kahn cayó sobre él con un impulso repentino y violento. Disparó Gamel su pistola térmica, a bocajarro sobre el notable hombre de Ciencia, antes de rodar dentro de la nave, por el impulso mismo del choque.

El grito ronco, agónico, de Ahmed, se confundió en la mente de Simbad con el impacto de Abdul en los muros de vidrio curvo de la nave cilíndrica. Raudo, Simbad hizo lo único factible en aquella situación desesperada.

Nada podía hacerse ya por Ahmed, convertido en una bola de fuego, que se apagaba rápidamente, dejando un cuerpo calcinado y retorcido, que nadie identificaría fácilmente. En cambio, aún podía impedirse que Abdul saliera adelante con su proyecto, como premio a su reciente crimen.

Simbad era mucho más atlético, joven y fuerte que Ahmed. También más elástico. Su salto, además de eludir el segundo disparo de Abdul, hecho desde el suelo de esponja de la nave, y que solamente le rozó con su chorro flamígero, perdiéndose en un muro que comenzó a derretirse, le llevó justamente encima del traidor, que rodó con él, por el interior de la nave de vidrio cilíndrico. Un

mazazo formidable de Simbad, despojó de su pistola a Abdul, y le dejó desplomado sobre el suelo esponjoso, inerte y jadeante.

Rápido, Simbad tomó el arma. Fuera, el índice de radiactividad había empezado a subir, en los graduadores Geyger de los muros. Eso señalaba que uno de los disparos de Abdul, debió tocar una de las bocas o vomitorios nucleares de la cámara, saturando de energía radiactiva su atmósfera.

El joven marino tuvo una reacción precisa y rápida. Ajustó la tapa de plástico blindado, cerrando por completo el proyectil cilíndrico de muros transparentes, con él y con el inconsciente Abdul dentro.

Entretanto, el sistema automático de alarma de la cámara estaba haciendo funcionar las sirenas de emergencia, llamando al personal de socorro. Pronto serían sacados, sanos y salvos, de aquella cámara. La única víctima, habría sido Ahmed Kahn. Y quizás el propio viaje a las estrellas, que ya jamás se autorizaría, no existiendo su creador.

Las luces rojas de emergencia, con sus parpadeos, avisaban de que era peligroso, incluso mortalmente peligroso, permanecer en aquella cámara. Pero ellos no tenían otro remedio. Solamente la protección electromagnética del cilindro, les mantendría a salvo de la radiación, Al menos, eso esperaba Simbad, encerrado con el asesino y traidor en la angosta celda cilíndrica, de muros transparentes, en que pensara hacer el profesor Kahn su viaje a las estrellas.

De súbito, Abdul Gamel volvió en sí. Simbad no le había golpeado lo bastante fuerte, y el peligro de radiación exterior era demasiado serio para acordarse nuevamente del rufián. Ese fue el error que cometió el exmarino.

Fue repentinamente cuando tuvo el presentimiento y giró Simbad la cabeza. Ya era tarde. El cuerpo de Abdul, también elástico y fuerte, caía sobre él, en una zambullida desesperada.

La cabeza de Abdul se le hincó en el estómago. Simbad tosió, estando a punto de soltar la pistola térmica. La retuvo, pese a todo, y se mantuvo consciente, aunque casi sin aliento, el tiempo preciso para disparar su zurda, que se abatió, con un crujido formidable de huesos, en la mandíbula del auxiliar de Kahn.

Chilló Abdul, cayendo atrás. Pero al hacerlo, aún tuvo fuerzas y

serenidad para, aferrándose a los muros, recibir a Simbad, que cargaba de nuevo sobre él, con un doble rodillazo en su mentón, que le dejó tambaleante, y medio inconsciente, mientras su boca empezaba a sangrar.

Esta vez, el golpe logró lo que buscaba, y su mano, debilitada, soltó la pistola térmica, que rodó por el esponjoso suelo, hasta muy cerca de Abdul Gamel. Este gritó, jubiloso. Sus ojos centellearon, perversos. Estiró la mano, y los dedos broncíneos, largos y huesudos, rozaron ávidamente la estructura chata, de metal azul ionizado, del arma térmica…

Simbad se vio perdido. Aun en el límite mismo de sus fuerzas, logró hacer acopio de éstas, con auténtica desesperación. Cargó contra Abdul con toda la fiereza propia del hombre que sabe que va a morir, y poco le importa ya todo.

Fue un esfuerzo titánico, realmente heroico, en el límite mismo de su humana resistencia.

Y el esfuerzo resultó eficaz.

Abdul, que ya oprimía casi la culata del arma, se vio echado atrás por el impulso violento, frenético, del joven marino, que se abatió desesperada, rabiosamente contra él, dándole con piernas, brazos y cabeza.

El impacto fue demasiado fuerte e imprevisto. Abdul fue hacia atrás, tambaleante, sin poder recuperar el equilibrio. Y se derrumbó contra los mandos de la ligera nave.

Justamente oprimió el botón rojo del «tablier» ovalado, con todo el peso de su cuerpo, antes de rodar de costado, sobre el suelo esponjoso, color escarlata.

Ocurrió algo inenarrable. Una especie de superestallido, de iluminación deslumbradora y vivísima, que pareció absorber vehículo y ocupantes, que lo inundó todo, engulléndoles en un abismo luminiscente y esplendoroso.

Zumbaron los oídos de Simbad, ensordecidos de súbito por un rugido estremecedor, por una vibración que parecía rebasar los límites del sonido mismo. El cuerpo suyo fue como si, por un momento, no pesara nada, y luego se desgajase, se rompiera en mil pedazos livianos, que se dispersaran en aquel mar de caótica luz…

Luego… nada.

Nada en la mente, nada en el cuerpo. La Nada absoluta en

nervios, músculos, tendones y sentidos corporales. Nada en el cerebro, que ni siquiera parecía existir.

Nada…

* * *

¿Un segundo? ¿Un minuto?

¿O acaso una Eternidad de miles y miles de años

Era algo que no se podía saber ni medir nada. Si estaba sobre uno mismo y sobre su conciencia de las cosas.

Era igual que haber roto la más poderosa esencia de los límites humanos, penetrando allí donde las conciencias, tiempo y existencia, apenas si son algo…

Podía ser un segundo, podía ser un minuto. Podía ser una eternidad.

Acaso eran solamente dos millones de años-luz. Miles de millones de años de normal viaje de una forma material, por cualquier dimensión conocida…

Pero allí, en aquella Dimensión, ¿qué podía ser?

No sabía… Quizá nunca llegaría a saber.

Un segundo, un minuto… acaso una Eternidad…

Y después…

* * *

Después…

Después, fue como si el cuerpo volviera a recuperar fragmentos desmembrados, arrancados de cuajo por una fuerza infernal y terrible…

Fue el retomo a la vida, a la forma tridimensional, al concepto vital, tal y como el ser humano lo entiende. Fue, en suma, la vuelta al Ser… volviendo, tal vez, del mismo No Ser, de un No Existir, más allá de los límites dimensionales conocidos y sospechosos…

El viaje, sin duda, había terminado.

Como si hubiese sido posible terminar aun antes mismo de empezarlo. O en el instante preciso de arrancar, rumbo a un lugar remoto.

Simbad lo supo al volver en sí. No se había desvanecido en ningún momento, pero volvía en sí. Con la vaga, confusa noción de haberse visto proyectado a través de chorros de luz infinita, de haberse sentido lanzado por entre fulgores sin fin, por un dédalo fabuloso de cuerpos luminosos, de soles y de astros en confusa vorágine, a cuyo fondo se sentía proyectado por una fuerza caótica y pavorosa, más demoledora y potente, más ingente y grandiosa que el propio Cosmos hacia el cual le lanzaba en devastador soplo ciclónico…

Supo que el viaje había concluido. Que aquello no era la Tierra, que no estaba en su mundo de origen, ni siquiera en uno cercano. No. Aquello no podía ser la Tierra. Ni siquiera un planeta vecino.

Estaba lejos, muy lejos… Quizás en Andrómeda, tal y como soñara la imaginación de Ahmed Kahn…

Miró hacia el exterior, a través de los cristales curvos de la ligera nave transparente.

Lo que vio, le confirmó en su idea.

Aquello era la Andrómeda. Tenía que ser un lugar perdido en la galaxia remota, en la Nebulosa Espiral de Andrómeda, a dos millones de años-luz de su propio mundo…

CAPÍTULO IV

LA ESTRELLA

LO que se veía a través de las paredes de cristal del cilindro, era realmente asombroso. El más increíble espectáculo que jamás presenciara Simbad en su vida. Quizás el más prodigioso que vería jamás, por mucho que viviera.

Él era el primer hombre que veía algo así, estaba seguro. Ignoraba si sería el único. Pero solamente por aquello merecía la pena haber llegado a donde quiera que estuviese.

Simbad nunca, antes de ahora, habíase imaginado un cielo tan esplendoroso, de un color tan increíblemente bello. Una tonalidad que estaba más cerca del violeta en el cénit, y próximo al naranja en el horizonte, pero sin ser ninguno de esos colores. Era el cielo más asombroso que jamás pudiera imaginarse, y de una diafanidad y pureza insospechadas.

Bajo aquel cielo luminiscente, rosa violáceo, como cristalino, en el que parecían ondular, enroscarse livianas formas de gas violeta, como nubes creadas por un pintor abstracto, el suelo del astro, O de cualquiera que fuese el cuerpo celeste en que se hallaba ahora.

Un mundo irisado, opalescente, de suelos vidriosos, tersos, como hielo coloreado por un genio del cromatismo. El suelo formaba bultos, una especie de cristalinas burbujas sólidas, con matices de perlas ciclópeas.

Pero no todo era sólido. Donde se hallaba parado el cilindro de vidrio, era como una llanura de aquella materia cristalina, opalescente y extraña. Pero al fondo, a no mucha distancia, parecía haber lo que en la Tierra hubiera sido considerado como una playa o litoral. Y había mar.

El más extraño y sorprendente, el más bello mar que nunca viera

Simbad.

Tenía un oleaje burbujeante, encrespado, pero sin alcanzar grandes alturas. Olas mansas, de intensa espuma rosada. El agua, o lo que fuese aquel líquido fascinante, era de una iridiscencia fantástica, cambiaba de tonalidades constantemente, como la piel de un camaleón, pero con un predominio notable de los amarillos. Amarillos que, a veces, eran como oro purísimo, centelleante, y otras como un rojo cobre, casi sangriento. Las aguas poseían una fosforescencia extraña, una luz delirante, que emergía en la espuma.

—Dios mío… —susurró Simbad, fascinado—. Jamás vi nada igual…

La contemplación de aquel panorama sin igual, le tenía subyugado. Ni si quiera recordó el hecho de que no había hecho el fantástico viaje en soledad. No recordó a su forzado compañero de travesía cósmica, Abdul Gamel. Y ése fue un serio error. El hombre podía seguir siendo bueno o malo, dondequiera que estuviese. Y Abdul era de la peor especie.

—Ni verás nada así de nuevo, Simbad —silabeó la voz sorda, rencorosa, del hombre que traicionó al profesor Kahn, asesinándole —. ¡Vas a morir aquí, dondequiera que estemos!

Volvió la cabeza Simbad. Miró, aturdido, a Abdul. Éste había recuperado el arma caída al suelo esponjoso de la ligera nave. Le estaba encañonando con ella, fría y cruelmente, dispuesto a disparar.

—Imbécil —replicó Simbad, despectivo—. ¿No se da cuenta de lo que va a hacer? Esto está ahora saturado de radiactividad. Dispare esa arma térmica, y volaremos en mil pedazos, sin remedio. Y esta vez, no volveremos a ver reunidos nuestros átomos.

Abdul vaciló. Evidentemente, no había pensado en esa posibilidad. Ahora se veía en un dilema. Pero lo resolvió con una dura decisión:

—Bueno, tiraré si me obligas. Y volaremos los dos, en el peor de los casos. De modo que no intentes nada. Abre esa puerta. Vamos a explorar este lugar inmediatamente.

—Otra estupidez —avisó Simbad—. Ni siquiera sabemos si hay aire. Eso que vemos parece agua. Pero no es agua. Quizás ocurra lo mismo con la atmósfera. Es muy diáfana. Podría ser oxígeno. Pero no tenemos la menor prueba de que lo sea. Aquí dentro, hay aire

para dos horas. Si nuestro viaje a través de dos millones de años-luz, en la traslación de materia atomizada, ha durado menos de esas dos horas, dispondremos de alguna reserva dentro. Abra esa puerta, y se volatilizará nuestra reserva, penetrando aquí el aire a lo que haya en este lugar…

De nuevo Abdul pareció no saber qué partido tomar. Su mente no parecía trabajar demasiado bien allí. En cambio, Simbad experimentaba una gran claridad de ideas. No sentía agobio ni cansancio.

—No podemos, estar así indefinidamente —avisó con ira Abdul. Miró afuera, deslumbrado por la luz radiante de aquel: exterior—. Hemos llegado a donde quería Ahmed Kahn. No renunciaré a pisar ese suelo, a conocer el mundo donde estamos.

Simbad dijo:

—No se haga demasiadas ilusiones. Tal vez sea solamente Marte, Venus u otro punto de nuestro Sistema Solar. No tenernos la menor seguridad de hallarnos en un planeta o un astro de Andrómeda. Ése era el propósito del profesor. Pero tal vez no lo logró.

—Yo sé lo que lo ha logrado. Esto es Andrómeda. Tiene que ser un lugar en la Nebulosa. ¿Te das cuenta? ¡Soy el primer hombre que ha llegado aquí! ¡No consentiré que tú ni nadie me despojen de ese honor, me arrebaten gloria y fortuna, por mi hazaña!

—Su hazaña sólo tiene un premio, Abdul —le cortó Simbad, con dureza—. La cámara de ejecución, por asesinato.

—¡Cierra el pico, estúpido! —aulló Abdul, frenético, enarbolando la pistola, con un peligroso enfado, que también provocaba un muy peligroso consumo de aire almacenado en la ligera nave—. ¡Morirás tú, antes de ver algo así! ¡El día que vuelva al mundo se inclinarán ante mí, en vez de ejecutarme!

Simbad le miraba fijamente. Abdul era un fanático del poder, de la gloria y la fortuna. Un tipo difícil de manejar, en especial ahora que dominaba la situación.

—Si lo hemos logrado, Abdul, si estamos en Andrómeda, quizá las cosas sean aquí muy diferentes a la Tierra Hay un diez por ciento de posibilidades de supervivencia en su suelo. ¿No sería mejor eludir riesgos inútiles, y volver a la Tierra, a informar del gran descubrimiento?

—Tú pareces olvidar algo, Simbad —rió Abdul, con tono glacial

—. Tenemos el único recipiente de gas atómico, a alta frecuencia, descubierto por Ahmed Kahn. Eso quiere decir que cuando volvamos a nuestro mundo, no habrá más viajes. Porque no hay nadie que conozca la fórmula de Kahn. Él era su único poseedor.

—Fue obra suya, Abdul. Suya es, también, la responsabilidad de esto.

—¡Vete al diablo, necio! Tienes mentalidad de simple marinero. No puedes entenderlo. Pero a mí me importa un comino lo que le pasó a Kahn. Soy yo el que cuento, Simbad. Y yo no quiero volver a la Tierra, si no es con pruebas, con una fortuna en datos, en informes, en todo…

—¿Olvida que también volverá con un asesinato en su conciencia? Irá a la cámara de ejecución, no lo dude.

—Sólo si tú volvieras vivo, Simbad. Pero no será así. ¡Nunca volverás! Y yo podré decir a las autoridades que tú mataste al profesor. De mí, nadie sospechará. Tú, no estarás allí para discutirlo. Y ellos, admirados por mi descubrimiento, se rendirán ante todo lo que yo diga…

Su egolatría no tenía fin. Había sacrificado a su maestro, y le asesinaría ahora a él. Simbad estaba bien seguro de que lo haría no tardando mucho, para quedarse con toda la reserva de aire que él pudiese consumir. Leyó la muerte en sus ojos…

Súbitamente, Simbad se abalanzó sobre Abdul. Éste chilló un aviso, disparando.

El proyectil térmico abrasó la ropa, sobre el hombro de Simbad, desgajó el vidrio plástico, abriendo un enorme boquete en él, y se perdió en el exterior, donde hizo explosión, diluyéndose en chispas azules.

Simbad había caído sobre Abdul. No tuvo compasión de él. Abdul no la merecía. Le hincó las rodillas en el vientre y cuello, brutalmente, Abdul resopló, boqueando desesperado, en busca de un poco de aire para sus maltrechos, estrujados pulmones.

Simbad, entretanto, sin saber por qué, sintió centuplicarse su energía, su fuerza muscular, su clarividencia. Siguió machacando a Abdul. Dos impactos de sus puños, le doblaron a un lado y otro la cara, y remachó el castigo con un zurdazo que le echó atrás la cabeza, con un gemido chirriante y doloroso. Se quedó inmóvil en esta posición, y Simbad, al respirar, sintió los pulmones llenos de

aquella rara vitalidad, de aquella energía que le inundaba, como un soplo de aire fresco, tras haber cruzado un ardiente desierto.

Irguióse, sorprendido, mirando en torno. El vidrio curvo del vehículo superespacial estaba agrietado profundamente, mostraba una abertura desigual, por la que el aire del vehículo escapaba inevitablemente al exterior.

Se abalanzó allí, dispuesto a cubrir la abertura con sus manos, en tanto imaginaba algo para impedir que siguiera escapando el preciado aire acumulado dentro. Al apoyar las manos en el roto vidrio, algo azotó su faz.

Algo fresco, vivificante, extrañamente vitalizados tonificante hasta lo increíble… Se sintió ligero, sin cansancio, como si hubiera, dormido veinte horas y luego hubiese recibido la caricia fresca y grata del agua.

¡Aire! ¡Allí había aire!

Separó las manos de la grieta, volvió a inspirar profundamente, ahora con la cara pegada a la abertura. Entró a raudales la energía, la alada, ligera intensidad de un aire rico en oxígeno…

Era igual que sentirse elevado a regiones más livianas, donde todo era optimismo, jovial vitalidad, algo difícil de expresar. Pero que Simbad lo sentía dentro de sí, como una explosión radiante que le llenara de gratas sensaciones.

—Dios mío… —musitó—. Aire… Aquí hay aire… Puedo respirar… a miles de millones de millas de la Tierra… Es increíble…

Recordó lo que hablara el profesor Ahmed. Las teorías pasadas, asegurando que miles de mundos del Cosmos, por una simple regla de probabilidades lógicas, teniendo en cuenta la estructura y naturaleza del Universo y sus mundos, podían ser similares e incluso iguales a la Tierra.

Por una asombrosa circunstancia, que quizá no volviera a repetirse en cientos de siglos de exploración interestelar, allí estaba uno de los astros similares a la Tierra. Con suelo extraño, pero sólido, con mares y cielo de distintos colores, pero casi idénticos a la Tierra… y con aire rico en oxígeno. Asombroso. De auténtico milagro, para un hombre que podía morir nada más agotar el aire de su vehículo… y que a ahora sabía que podía salir, pisar aquel terreno sólido, bajo un cielo violeta, cuajado de oxígeno respirable.

Abrió la tapa posterior de la nave. Salió lentamente, como extasiado ante aquel prodigio ingente de la naturaleza. Pisó el suelo del astro lejano, terso, resbaladizo, como si pisara hielo o cristal…

Mil sensaciones distintas y embriagadoras le asaltaron. Mil impresiones asombrosas, cuando el primer terrestre pisó el primer astro de la inalcanzable Andrómeda, avanzando sobre su suelo, virgen de extranjeros.

Era como si la luz nimbara su figura, sentíase bañado en la luminiscencia violeta y rosa, y avanzaba ligero, elástico, casi sin peso ni esfuerzo. Aquello era un milagro relativo, pensó fríamente. Allí se asociaba el gran volumen de oxígeno que respiraba, con la menor gravitación del planeta, que debía de ser de reducidas proporciones.

Bajo sus pies, el suelo producía la sensación de escarcha, de vidrio tenue, frágil y quebradizo. Pero evidentemente, tenía la dureza del acero. Simbad se movió por él, en un avance ligero, alado casi, sin sentir el peso de su propio cuerpo, como si sus músculos fuesen puro aire.

Se movió hasta el borde del agua. Se inclinó, para tocarla, para llevar a la boca los dedos mojados. Cuando alzó la mano, el agua parecía salpicaduras de oro en su piel. Se secó rápidamente, mientras llevaba les dedos a sus labios.

—¡No lo toques! ¡No pruebes eso!

Levantó la cabeza, sobresaltado. Miró en torno. Sólo el aire nimbado de luz, el cielo violeta y rosado, las aguas doradas, de espuma irisada, la planicie tersa y nacarada… Nadie. Nadie en torno. Además, aunque alguien hubiese habido, ¿cómo iba a hablarle en su propia lengua? Era un puro disparate imaginarlo siquiera…

Miró hacia la nave plástica. Abdul seguía inerte, inconsciente tras la paliza recibida.

—No, no. Evidentemente, todo había sido una imaginación suya, una fantasía. Acaso algo parecido a los espejismos, pero en vez de una imagen, había sido con sonidos, con voces. O también, podía ser una sensación provocada por el cambio de planeta, por aquel aire extraño y ligero…

Se inclinó. Volvió a mojar su mano, la alzó. Centelleaba, como oro líquido, que se secara rápidamente en sus dedos. Y cuándo la

llevaba a los labios, otra vez la voz, la extraña, musical, argentina voz, tintineando dentro de sus oídos, de su mente, quizá…

—¡No, extranjero! ¡No pruebes el agua de luz eterna!

Parpadeó, estupefacto. Levantó la mirada, registró en torno, con auténtico miedo. No temía a nada ni a nadie que tuviese forma física. Pero aquella voz… No veía a ser alguno en derredor. Pisó torpemente, buscando con la mirada hacia todas partes… Sus pies se hundieron en el mar amarillo, chapotearon entre las espumeantes aguas doradas. Cayó de rodillas, en un esfuerzo por otear tras unos bultos o burbujas petrificadas, de irisado nácar, en busca de alguien oculta. No lo vio. Se incorporó, con su pantalón empapado del líquido color oro.

«No pruebes el Agua de Luz Eterna»

Era una frase desprovista de sentido, en apariencia. Pero sin embargo, eso no pudo imaginarlo él. Ni siquiera se le habría, ocurrido llamarla «agua de luz».

Y, mucho menos, «eterna». Eran conceptos confusos, sin sentido, al ligarse entre sí. No hay agua de luz. No hay agua ni luz eterna.

Y la voz… La voz tenía un extraño, melodioso tono sobrenatural. Estaba seguro de eso. Contempló, como fascinado, sus dedos manchados de oro aún. Sacudió la mano mojada, por aquel extraño líquido. Ocurrió algo raro, increíble.

Se desprendieron las partículas que, como polvillo de oro, salpicaban su piel. Y al soltarse de la mano, al flotar en el aire, se convirtieron en chispas de luz dorada, centelleante, que formaron como una lluvia fina de luminiscencia entorno suyo. Al contacto con la orilla de la asombrosa playa, se diluyó, no quedó ni siquiera su luz.

La voz no volvía a sonar. Simbad dio unos pasos más. Sin querer, evocaba las leyendas fantásticas de su lejana patria, las aventuras de sus antepasados, el marino fabuloso de Las Mil y Una Noches. Simbad, el Marino, estuvo también en playas extrañas, se enfrentó a seres fabulosos que nadie sino él conoció. Pero esto… esto era diferente. Simbad jamás fue a las estrellas. Y él sí. Él había llegado a ellas. Pisaba una, en la Nebulosa de Andrómeda, a dos millones de años-luz de la Tierra, perdido en la inmensidad pavorosa e inaccesible de los mundos remotos, en la negrura infinita de los espacios intergalácticos…

So acercó de nuevo a la nave. De su pantalón se desprendía el líquido dorado, en forma de partículas de luz, salpicando el suelo en tomo suyo. Inclinóse sobre Abdul, que ya empezaba a rehacerse. Le asió por las solapas de su bata de científico. Fue como levantar una pluma, pese a su corpulencia. Abdul, que volvió, ya en sí, parpadeó, sorprendido, por la fuerza de Simbad. Pateó en vano entre sus manos férreas.

—Vamos, Abdul —dijo duramente el marino—. Aquí se respira. Aquí hay aire rico en oxígeno. Todo parece igual que en la Tierra. Todo, menos esa agua o lo que sea. Se disuelve en luz, al simple contacto.

No sé lo que tiene, pero me han prohibido que la beba.

—¿Prohibido? —Abdul palideció, se humedeció los labios, mirando en derredor, con giros alocados de sus ojos—. ¿Qui… quién, Simbad?

Simbad se encogió de hombros. Sacó a Abdul del vehículo, le arrojó sobre el suelo cristalino. La falta de gravedad, hizo rodar a Abdul, tras dos rebotes que parecían producidos por una pelota de goma. El asesino chilló, aterrorizado.

— ¡Quiero irme! ¡Vámonos de aquí, Simbad! —jadeó—. ¡No me gusta este lugar, sea el que sea!

—Cobarde —le espetó Simbad—. ¿Tú eras el que querías rodearte de gloría como conquistador de estrellas? Vamos. Estamos en una estrella de Andrómeda posiblemente. Pero todo el astro no será igual. Tiene que haber algo. Otros paisajes, acaso, seres vivos… La voz que yo oí, vino de alguna parte…

— ¿Voz? —el terror de Abdul iba en aumento—. ¿Voz? ¡Es imposible, Simbad! ¿Cómo… cómo se expresó? ¿En inglés, en lenguaje internacional…?

Simbad reflexionó. No se le había ocurrido eso. Ni siquiera se había fijado. Ahora lo recordó. Y, sin querer, sufrió un escalofrío, y se le erizaron los cabellos de la nuca.

—Dios mío… —susurró—. Habló… en árabe…

Abdul dilató sus ojos, con un terror frenético. No sólo por lo que decía Simbad. De repente, algo a espaldas de éste le había hecho fijar la trémula mirada en un punto determinado.

Convulso, levantó una mano estremecida, y señaló hacia allí, chillando con voz rota:

—¡Cielos, Simbad! ¡Mira allí! ¡Mira eso que viene hacia nosotros…!

Simbad se volvió, alarmado.

Y lo vio…

CAPÍTULO V

UN MUNDO ASOMBROSO

EL terror de Abdul era tal, que ni siquiera tuvo el valor de esperar a la llegada de aquello a pie firme y sin moverse, como hacía Simbad.

Tenía el espíritu miedoso y ruin de todos los criminales. Retrocedió, asustado, chillando histéricamente. Cayó de rodillas, se incorporó con un miedo creciente, tambaleándose de forma despreciable, para eludir lo que venía encima.

Simbad no hizo nada. Estaba seguro de que era una de las cosas ineludibles de aquel mundo extraño. Ellos eran demasiado débiles para oponerse a una fuerza del planeta, lanzada sobre ellos. La resistencia, podía significar la muerte. La pasividad, acaso diera un cierto margen de probabilidades favorables.

Lo que había despertado el terror vivísimo de Abdul, no era ningún monstruo ni ser de pesadilla. Tampoco ningún ser viviente, al menos no como en la Tierra se podía interpretar una forma viva y consciente. Aunque por la forma de evolucionar hacia ellos, Simbad no estaba muy seguro de que aquello no tuviese vida propia.

Eran burbujas.

Simples burbujas irisadas, cristalinas, transparentes. Burbujas, pompas o como se las quisiera llamar. Eran muchas, acaso cientos. Venían en formación, como una bandada de aves o un enjambre de abejas. El cielo violeta, rosado y naranja, producía juegos de luz increíblemente bellos, sobre la curvatura de las pompas, cuyo volumen era diverso y no uniforme. Había burbujas reducidas, insignificantes. Y otras, gigantescas, mayores que ellos mismos.

Los rodearon, formando como una masa compacta, que chocó con el fugitivo Abdul. Éste manoteo, desesperado, pugnó por

zafarse, y varias burbujas estallaron, como auténticas pompas jabonosas. Derramaron chispas de luz azulada. Allí todo parecía estar formado de luz.

Fue inútil el esfuerzo de Abdul. Una pompa gigante planeó sobre él, pareció abrirse, distenderse… y envolverle. Cuando Abdul volvió a chillar y manotear, Simbad observó que la esfera vidriosa le rodeaba. Estaba dentro de ella, y sus golpes sobre la superficie interior parecían perfectamente inútiles, La tersura de la gran burbuja no se conmovía.

De pronto se elevó, llevándose dentro a Abdul prisionero en el interior de la cristalina celda esférica de la burbuja. Simbad mismo se sintió rodeado por aquella materia vidriosa, transparente y movible. Le cercó, pareció engullirle. Sin dolor ni sensación de asfixia o agobio se encontró flotando en el aire violáceo de aquel planeta, dentro de la burbuja viviente, que se elevaba en el cielo multicolor, alejándole al igual que a Abdul, de la nave del espacio-tiempo, que se quedaba allí abajo, sobre el suelo nacarado.

Las extrañas naves aéreas de forma esférica, volaban muy de prisa. Seguras, ligeras, siempre en formación, dirigiéndose a alguna parte, lejos del mar dorado de espumas irisadas.

¿Adonde?, pensó Simbad, hundido en la complejidad asombrosa de su aventura espacial.

Y de nuevo sonó en sus oídos la melodía de aquella voz fantástica, cristalina, de vibraciones musicales, expresándose, estaba seguro, en correcto árabe:

—No temas, extranjero. Vienes a mí…

Las burbujas subían, subían en el cielo, penetraban por entre las masas gaseosas de color violeta, que se enroscaban en torno a las burbujas, como tenues sierpes de humo.

«Vienes a mí», había dicho la voz fantasmal en alguna parte.

¿A quién estaba acercándose ahora Simbad?

* * *

De repente, a sus pies, se abrieron aquellas nubes violetas.

Descendían tras minutos de vuelo. No sabía cuántos Simbad. No tenía noción del tiempo transcurrido, y una ojeada a su reloj le demostró que se le había parado, quizás a causa de algún golpe.

Trató de ponerlo en marcha y no lo logró. Debía de estar roto.

Miró a sus pies, despreocupándose del tiempo que pudiera transcurrir. Después de recorrer dos millones de años-luz en pocos segundos; el tiempo tenía poca importancia ya.

Lo que contempló bajo las burbujas voladoras en las que Abdul y él iban prisioneros fue la nueva y gran sorpresa de aquel viaje a lo increíble.

Sin la menor duda, aquello era una ciudad. La ciudad más sorprendente y maravillosa que jamás viera Simbad. Una ciudad hecha, al parecer, en pura función de la belleza, de la luz y de la fantasía.

Edificios de algo parecido a cristal azul, con inaudita audacia de líneas, curvaturas, puentes esbeltísimos, sobre canales entrecruzados en las calles o avenidas, de aguas de color plata vivísimo. Había cúpulas aristadas, con forma de estrellas centelleantes, torres estilizadas, de cima oval, irisada. Todo despidiendo luz, derramando claridad y color por doquier, como un raudal luminiscente y esplendoroso.

Unas murallas diamantinas, de aristas múltiples, rodeaban el lugar. O quizá fueran montañas, de cristalizaciones rocosas, en formas simétricas, pero caprichosamente talladas. Más allá, planicies nacaradas como la que él conocía. Y bosques o junglas.

Bosques de vegetación azul y violeta, junglas de árboles de tronco rosado y copas frondosas, en mil diversos colores que no conocían el verde. En aquel astro, evidentemente, no existía clorofila. Era eso lo que daba a sus fantásticas campiñas el aire de una caprichosa pintura, realizada por un artista extravagante.

La burbuja planeaba, pasaba por entre las torres cristalinas de luz, raseó por encima de las avenidas, al parecer desiertas. Simbad ya había rebasado los límites del asombro, no podía sentirse sorprendido por nada.

Pero ahora sabía que allí había seres vivos había inteligencia, había organización de pueblos y de ciudades, acaso un gobierno, un sistema de vida. Pero ¿y ellos? ¿Cómo eran ellos, los habitantes de aquel astro?

La burbuja en que él viajaba rodeó un asombroso edificio en forma de estrella, cada una de cuyas puntas era una torre o puente sobre un lago dorado, esplendoroso y rutilante, que cercaban unas

pistas vidriosas, tersas y bruñidas. El lugar más bello que jamás vio Simbad a lo largo de su existencia.

Descendió la burbuja. Pareció que iba a hundirle en el agua dorada del estanque. Este tenía una graciosa forma de flor o de cerco orlado. La burbuja casi rozó la superficie de color oro, y pasando sobre un puente audaz, auténtico prodigio de una ingeniería revolucionaria y espectacular, se posó suavemente en una de las pistas que rodeaban el estanque.

Las demás burbujas de la legión flotante se perdieron por entre las edificaciones, más allá de su mirada. No vio tampoco aquella en que viajaba Abdul. Miró en tomo suyo.

La burbuja había estallado de pronto, en un millar de chispas de luz que no causaban daño. Se encontró liberado, erguido en la amplia pista circular que rodeaba la laguna o estanque del palacio en forma de estrella.

Como un pigmeo en un mundo de fábula. El joven árabe corrió sobre la superficie bruñida. Contempló, estupefacto, los muros vidriosos, azules y radiantes. Ante él, sobre aquel muro, y bajo una de las puntas diamantinas del edificio en forma de estrella vio la puerta ovalada, alta y sorprendente, que parecía conducir a un interior que derramaba luz multicolor a raudales.

Avanzó. Estaba dispuesto a llegar hasta el final de la aventura, hasta el edificio donde pudiese encontrar la clave de la existencia inteligente de los seres de la estrella lejana de Andrómeda.

Una rampa cristalina conducía al interior. Subió por ella, sintiéndose más pigmeo que nunca ante la magnitud ciclópea del gran edificio estrellado. Al hallarse cerca de la entrada la luz interior le bañó, envolviéndole en un nimbo resplandeciente, sobrenatural.

Cruzó el umbral. Pisó las baldosas gigantes, de vidrio o material similar, con la dureza del granito. Avanzó hacia el centro de una gran sala, en el que ardía un colosal cuenco votivo, de un metal de extraños colores cambiantes, con llama azul intensa, que lanzaba al cielo enroscadas sierpes de humo violáceo.

Miró más allá de aquel fuego, de aquella llama azul y de su humo violeta, en el silencio impresionante de la gran sala.

Y el enigma se reveló.

Vio al primer ser viviente del planeta.

* * *

La remota teoría del doctor Otto Struve, allá por mediados del siglo xx, acudió a la mente asombrada de Simbad. El sabio había predicho que en algún lugar del Universo mundos similares a la Tierra esperaban la visita del hombre… que el día que pusiera su planta en esos astros se encontraría con la gran sorpresa de ser recibido por su propia especie.

Y eso estaba sucediendo allí. En aquella, desconocida estrella, elegida por Ahmed Kahn entre los miles de millones que formaban la estructura, espiral de la Gran Nebulosa, de Andrómeda, a dos millones de años-luz del planeta terrestre.

Allí Simbad, el viajero de los mares del espacio, el marino del Cosmos, se enfrentaba ahora al gran enigma rebelado. A la incógnita suprema del mundo desconocido que hollaba por vez primera el pie de un terrestre. Pero no el de un ser humano.

Porque humano era el ser que venía hacia él. Humano en aspecto, en proporciones, en todo lo que podía verse y sentirse. De una belleza quizá superior a todo lo humano, pero ahí estaba la única diferencia.

Simbad lo único que jamás hubiera esperado encontrar era precisamente aquello que surgía ante él como una visión fabulosa de lo increíble.

Porque el ser inteligente, sensible, el ente humano que se aproximaba a él, envuelto en unas telas tenues, translúcidas, como alas de crisálida… era una mujer.

La más hermosa, increíble y deslumbrante mujer que jamás viera en su vida,

Simbad tuvo miedo. Miedo de ella, miedo de sí mismo. Fue como un presagio, como un aldabonazo terrible, la llamada misma del futuro, avisándole de que aquella mujer no era solamente una habitante del planeta en que estaba.

Simbad supo que acababa de sentir la más intensa y sobrecogedora emoción de toda su vida ante la hermosa desconocida de las estrellas.

Supo, en suma, que tendría que amar a aquella mujer. Que quizá la amaba ya. Que nunca, hasta entonces, la presencia de una mujer

y la mirada de unos ojos femeninos provocaron en él tan intenso choque.

Y no sólo porque la mujer de cabello de plata fuese hermosa. No porque sus ojos color violeta tuvieran el matiz y la profundidad que jamás vio antes en ningún ser humano. No porque su cuerpo, esbelto y alto, dibujado por los tenues velos irisados, con la nitidez de una escultura, fuese el más armónico y perfecto jamás visto.

No era por nada de eso. Pero estaba seguro de que, por primera vez, un hombre de la Tierra se había enamorado de una mujer separada de él por dos millones de años-luz. Una barrera que nadie, hasta entonces, había logrado saltar.

Ella habló. Habló con la misma voz melodiosa, argentina, que oyera antes, el intentar probar el agua de oro, al ser raptado por la burbuja voladora.

—Bien venido, extranjero. Estaba esperándote… Sé bien venido, hombre de la vida y la juventud eterna… Sabía que vendrías a mí… Sabía que tendría que amarte y que tú me amarías…

CAPÍTULO VI

MYZAR

LAS más asombrosas palabras dichas a un hombre de otro lugar en el espacio, de otro lugar en el tiempo, quizá de otro lugar en una diferente dimensión, habían sido pronunciadas por unos labios de los que Simbad se sentía física y moralmente separado por dos millones de años-luz.

Pero la confluencia en el Espacio-Tiempo se había realizado, ambos se conjuntaron en un punto común, y ambos estaban allí, mirándose y estudiándose larga, intensamente. Simbad la amaba ya. Ella le amaba a él. Lo sabía, aun sin saberlo. Lo leía en aquellos ojos profundos, y lo sentía dentro de sí. Acaso eso era el auténtico amor súbito, el «flechazo», la pasión inmediata.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Y advirtió que su voz no era igual que la de ella, bajo aquellas bóvedas cristalinas. Tenía otra sonoridad, otro matiz más brusco y duro. Ella le miró, como sorprendida. Y Simbad, cauto, habló de nuevo con su más suave tono, casi susurrante:

—¿Cómo te llamas, mujer?

Ella sonrió ahora. Una sonrisa dulcísima, que entreabrió sus labios rosados. La sonrisa de una bella de los astros. Ahora la voz sonaba dulce, acariciadora, como la de ella misma. Al menos, en su mismo tono, aunque careciese de su musicalidad.

—Myzar —dijo ella—. Soy Myzar, extranjero. ¿Y tú?

—Simbad —explicó él. No sabía por qué la entendía, por qué ella hablaba en árabe, si entre ambos la distancia física y dimensional era escalofriante. Sólo sabía que le gustaba hablar con ella, que era como un placer indefinible y maravilloso—. Simbad, un hombre de la Tierra.

— ¿Tierra? —Ella le miró con profunda ingenuidad. Los ojos eran violeta, pero chispeaban con matices dorados, asombrosos—. ¿Tierra dices? Eso está lejos… Muy lejos de Andrómeda, extranjero.

—Un… un momento—. Simbad la atajó con un vivo gesto—. Hay cosas que no entiendo. Pero ésta sobre todas. ¿Cómo sabes dónde está la Tierra? ¿Cómo sabes que vivo lejos de ti? ¿Por qué llamas Andrómeda a tu galaxia, que es justamente el nombre dado por seres de sitios infinitamente lejanos? ¿Y por qué hablas mi lengua… y entiendes lo que yo digo?

Ella sonreía. Myzar tenía una sonrisa envolvente, embriagadora, casi hechizante. Tras un silencio breve ella habló. Moduló las palabras con los labios. Per primera vez Simbad captó la verdad. No supo si por lo que ella decía, o porque acababa de captar el hecho sorprendente de que los movimientos labiales no coincidían en absoluto con las palabras escuchadas:

—Aquí, Simbad, lo que uno habla, aunque el otro no pueda comprenderlo, le llega en su propio lenguaje, y con la misma voz que lo expresó. Es una transmutación psicomental, de gran potencia, transmitida de cerebro a cerebro. El sonido se traduce, se vierte a la propia lengua, a través de su transmisión en el aire fluido de Algax.

—¿Algax?

—Es nuestro mundo. Séptima estrella del grupo C97, en la nebulosa M31 de Andrómeda, en el mismo centro de la Gran Espiral que conocéis vosotros. Algax es el suelo que pisas. Una gran estrella azul, de enorme magnitud, pero de levísimo peso y, por tanto, de poca gravedad para vosotros, habitantes de un mundo más pequeño, pero más denso y pesado.

—Dios mío… —musitó Simbad—. Es… es como oír hablar de cosas inauditas, increíbles. La distancia que nos separa deforma conceptos e ideas. Es posible que aquí el aire mismo sea un conducto controlado, un auto traductor de ideas, palabras y pensamientos. Pero nosotros, Myzar, no hemos llegada a este grado de progreso. No dudo de tu palabra. Veo, compruebo lo que dices a través de mis propios sentidos. Pero es como sentirse sumergido en un mundo de maravillas, de prodigios indescriptibles.

—Te comprendo, Simbad…—Ella estaba junto al joven explorador de los astros. El roce de las telas livianas, sedosas,

crujientes como alas de mariposa, y el contacto levísimo pero cierto de su piel cálida, cuando ella apoyó una mano tersa, estilizada, de uñas plateadas como su cabello, en el brazo del joven viajero de la Tierra, provocó un estremecimiento en Simbad —Te comprendo bien. Sé lo que sientes, porque sé lo que yo he sentido cuando los televisoscopios me mostraban tu llegada a Algax, justamente al borde del mar de Luz Eterna.

Simbad la contempló. No supo cómo sucedía. Fue igual que si las azules pupilas le absorbieran, le subyugaran. Su encontró besando los labios rosados y tiernos de Myzar. Fue un beso asombroso, a través de distancias que jamás nadie alcanzaría a recorrer.

Duró un segundo. Acaso una eternidad. Simbad no lo supo. Y Myzar, como si captara su pensamiento, cuando se separaron dijo solamente unas palabras. Pero increíblemente reveladoras para Simbad:

—Nunca pienses en cuánto y cuándo mientras estés en Algax, querido Simbad.

—Myzar, ¿por qué me dices eso?

—Esta es la Estrella sin Tiempo, Simbad.

—¿Eh? ¿Estrella… sin Tiempo? ¿Qué significa?

—Significa que aquí no existe un segundo, ni un minuto, ni una hora… ni un siglo. La eternidad puede ser un segundo. Y un segundo puede ser eterno. El tiempo no pasa por nosotros. Ni nosotros nos extinguimos a través del espacio-tiempo. Es difícil explicarlo. Pero lo entenderás pronto. Mira tú reloj. Está parado, ¿verdad?

—Sí. Lo estuvo siempre, desde que llegué. Ha debido estropearse…

—Desde que llegaste —sonrió ella—. ¿Te das cuenta? Fue entonces cuando dejó de funcionar. Tu reloj mide el tiempo. ¿De qué serviría en un lugar donde el tiempo nada significa?

Simbad entendió ahora. Comprendió por qué muchas cosas parecían durar segundos, y sin embargo algo le decía que era mucho el tiempo que transcurría. Ahora mismo parecía que solamente un minuto le separaba de su llegada a Algax, la estrella fabulosa de Andrómeda.

—Cielos… Cielos, Myzar. Es como sentirse lanzado a una vida

distinta y asombrosa. No entiendo… no puedo entender, aunque sepa lo que dices.

—Entenderás, querido. Entenderás… —Ella le rodeo con su brazo. Seguían solos en aquella enorme, vasta sala. Como si no hubiera nadie más que ellos dos en toda la estrella gigante de Andrómeda.

—Myzar, no puedo quedarme mucho tiempo aquí —musitó Simbad tras un silencio— Yo debo volver a mi mundo… a mi planeta. Esto de ahora ha sido un prodigio, una maravilla en la que yo no tuve parte. No puedo quedarme aquí para siempre.

— ¿Siempre? Siempre no significa nada, Simbad. Todo depende del lugar donde digas «siempre». ¿Por qué no puedes quedarte? Yo quiero que te quedes, porque te amo. Te amé aun antes de que llegaras, cuando presentía que ibas a llegar, cuando el libro del Destino predijo tu arribo a Algax.

—¿El libro del Destino?

—Es nuestro oráculo, el que lee nuestro futuro, Simbad. Yo sabía por él que un extraño valeroso llegaría. Que me amaría locamente… y yo a él. Que sería lo bastante fuerte para arriesgarlo todo por mí, enfrentándose al mayor poder de Algax…

Se estremeció al decir esto. Su mirada color violeta se ensombreció de repente. Simbad la atrajo hacia sí, contempló sus ojos asustados, su rostro hermoso, con la hermosura de lo perfecto, de lo sublime.

—¿El mayor poder de Algax? ¿Cuál es ese poder, Myzar?

Ella habló roncamente, tras otro estremecimiento:

—Altair…

—¿Altair? ¿Qué significa eso?

—La reina Altair, Simbad. Es mi rival, la auténtica señora de Algax. Ella, además de reina, tiene poderes malignos. Rige el libro del Destino, es dominadora de los Oráculos y lee en los astros, presagiando el futuro. Ese mismo libro que ella sabe leer mejor que ninguno predijo que tú te cruzarías entre las dos.

— ¿Yo?

—Simbad, ella es poderosa. Es la máxima fuerza en la Estrella sin Tiempo. Yo, como reina, de la zona del sur, apenas si significo nada ante ella. Y está escrito que cuando Altair se enamore de un extranjero, si él la corresponde, será la más fuerte de todos los

mundos y podrá llegar a dominar los últimos confines del Universo. Pero si la reina Altair es despreciada y me elige a mí ese hombre, que se habrá bañado involuntariamente en el mar de Luz Eterna, donde las aguas le conceden a uno el don prodigioso de la vida infinita, el margen del tiempo y de su transcurso, por decisión divina del Creador, se hundirá el imperio malvado de Altair y llevará su amor al extremo de darlo todo por mí.

—Es una historia digna de Las Mil y Una Noches, Myzar. Tú no sabes lo que quiero decir con eso, pero así es. ¿Pretendes decirme que por el hecho de haberme mojado en aquella agua dorada hasta donde llegó tu voz en alas del viento, indicándome que no bebiera, voy a disfrutar de la vida eterna?

—Simbad, eres ya eterno… mientras no salgas de Algax, la Estrella sin Tiempo, por el sólo hecho de haberte mojado con agua eterna del mar de Luz Eterna. Eres el único ser que gozará de ese privilegio. Solamente el primer extranjero que pisara nuestro mundo y tocase esas aguas gozaría del don maravilloso del Mar Eterno. Has sido tú, Simbad. Pero esas aguas son venenosas. Un solo roce en los labios… y hubieras dejado de existir. Por eso te avisé al advertir tu gesto a través de los televisoscopios de Algax. Mi voz llegó a ti y la entendiste, gracias a Dios.

El explorador de la Tierra iba de sorpresa en sorpresa. Allí, en aquel mundo remoto, entre las estrellas de Andrómeda, se sabía la existencia de Dios como Creador Supremo. Y allí él, un extraño de lejano planeta, comprendía la lengua de los naturales y sentía un amor extraño y profundo por aquella criatura, maravillosa que tenía junto a sí.

De súbito, un temor le asaltó. Miró con angustia a Myzar y exclamó:

—Dices que el aire traduce tus palabras y las mías, Myzar. ¿No ocurrirá también aquí que… que un encantamiento especial te presenta hermosa y humana ante mis ojos, sin que lo seas en realidad para tus gentes?

—No, Simbad— sonrió ella —Esta estrella está poblada por mil seres de vida diferente a la que tú imaginas. Como esas burbujas vivas que os trajeron, auténticos soldados a mi servicio, que obedecen lo que se les ordena, y poseen vida propia. Pero yo, como la reina Altair y su pueblo, como mis propios súbditos, a quienes

aún no has visto, porque les aterrorizó la presencia de un extraño, somos humanos. Nuestra forma es la misma, nuestra estructura es la vuestra. Dicen nuestros sabios que hay otros muchos planetas en el Universo, donde coincidirán nuestras formas y nuestra mentalidad. Ahora, es la primera vez en que, a través de los espacios, nos encontramos dos especies comunes a tan gran distancia.

—Ahora veo y comprendo por qué los designios de Dios resultan inescrutables —suspiró Simbad—. Tú y tú mundo… yo y mi mundo… separados por una distancia que quizá nunca más se recorra, a lo largo de los siglos, porque el secreto de este viaje murió con su autor. Ese otro hombre que apresaron tus burbujas es el culpable de que el creador del vehículo superespacial muriese. Si yo vuelvo algún día a la Tierra jamás retornaré a ti, Myzar.

—Lo sé… y lo temo. Tu compañero de viaje, Simbad, no sólo mató al inventor de ese vehículo maravilloso. También aniquiló a varias burbujas. Son seres vivos, Simbad. El que mata a un ser vivo en Algax tiene pena capital. Será ejecutado, como merece.

—Siempre pensé que sería el final de Abdul Gamel morir ejecutado. Aquí, o en cualquier otra parte —suspiró Simbad—. Comprendo tus razones. No defenderé a mi compañero.

Mizar explicó:

—No es amigo tuyo, ¿verdad?

—No, no lo es. No puede ser amigo de nadie. Es un criminal feroz y repugnante.

—La reina Altair le premiaría. Ella ama el mal. Dice que sólo las potencias infernales pueden dominar el Universo. Quiere demostrárselo así a todos los mundos. Los mejores hombres de ciencia, los mejores laboratorios y talleres, los posee ella en Astral, la capital de Algax. Para ella y su gente, yo soy una rebelde, una reina enemiga, que se niega a la integración total del astro, en un único sistema tiránico y cruel.

—Entiendo. El eterno problema de la Humanidad. Humanos sois y humanos son vuestros conflictos, Myzar —dijo Simbad con calma — Convendrá que ocultemos a Altair la llegada de nuestra nave. O ella, conocedora de ese Oráculo a que aludiste, pretenderá destruir la profecía.

Myzar iba a contestar cuando ocurrió algo en el exterior. Un ramalazo de luz verde, el primer fulgor verde que Simbad descubría

desde su llegada al planeta, pasó, centelleante, por la puerta del palacio. Al mismo tiempo, un sonido extraño, un raro zumbido, como el qué produciría un mecanismo electrónico, retumbó en el exterior, hiriendo sus oídos.

Lívida, Myzar se refugió en los brazos de Simbad, miró hacia la entrada y gimió a flor de labio, presa, al parecer, de auténtico terror:

—¡Demasiado tarde, Simbad! ¡Ella está ahí!

—«¿Ella?

—¡Sí! ¡Es Altair, la reina Altair, Simbad! ¡Ha llegado aquí! ¡Sabe que tú estás en Algax y quiere apartarte de mí a cualquier precio!

Simbad no dijo nada. Apretando contra sí a Myzar, que temblaba de angustia y temor, clavó los ojos en la oval entrada del palacio.

La luz verde era intensa, cegadora. Y, envueltos en ella, empezaron a entrar seres vivientes en el palacio. Seres armados de extraños instrumentos, largos y centelleantes, como lanzas rematadas en una esfera que despedía chispas. Seres ataviados con trajes metálicos, ceñidos a su cuerpo, flexibles y acorazados.

Detrás, en medio de la procesión de soldados de aquella lejana estrella poblada por humanoides, surgió la figura inconfundible de la adversaria tan temida por Myzar.

La reina Altair había penetrado en el palacio.

Simbad, realmente atónito, la contempló con expresión de enorme sorpresa.

—¡Atrás, reina Myzar! —Su voz le llegó a Simbad cargada de amenazas. Como en el caso de la propia Myzar, entendía perfectamente lo que decía, a pesar de que los movimientos labiales no correspondían a las palabras que su mente recibía—. ¡Paso a tu suprema soberana!

Myzar, realmente, parecía asustada, perdido todo su valor ante la presencia de la mujer que había entrado.

Y que ahora, dirigiéndose al propio Simbad, habló con acento de gran autoridad:

—Vengo a por ti, extranjero. Está escrito en el libro del Destino que has de ser mío… ¡o morir!

CAPÍTULO VII

ALTAIR

SIMBAD la contempló fijamente. Su rostro se mantuvo firme, inexpresivo, con la altivez y firmeza que siempre tuvo, aun en los peores trances. Había advertido súbitamente la tremenda verdad.

O Myzar era una bella demente que alardeaba de algo que no existía… o en aquella radiante ciudad de líneas audaces y prodigiosas, ella permanecía sola. Sola con sus burbujas-robot. Sin soldados, sin vasallos, sin nadie que la defendiese.

Y allí estaba la reina Altair, con el despliegue arrollador de su fuerza, de sus soldados armados, guardando en doble hilera la salida de la gran estancia, dentro del edificio en forma de estrella.

Simbad contempló en silencio a la hermosa. Porque si hermosa era Myzar, hermosísima era la reina

Altair. Su cabello no era de color plata, como el de Myzar. Poseía una negrura como jamás viera antes Simbad, ni siquiera en las más hermosas morenas de Arabia. El negro cabello parecía artificial, de un fulgor azul, muy intenso. La faz, estirada y exótica, de bellísimos ojos color oro, tenía una boca roja, carnosa, bien modelada, como una antigua estatua griega.

Cubría su cuerpo sensual, opulento y lascivo, con unas sedas translúcidas, de tenues hilos irisados, que parecían bañar su piel broncínea y tersa en un auténtico raudal de tibia luminiscencia multicolor. Aquella mujer impresionante y terrible, era la reina Altair.

La mujer que le ponía en la alternativa de elegirla a ella… o morir.

—Reina Altair, soy un hombre da la Tierra —respondió serenamente Simbad, irguiéndose ante ella con aspecto altivo.

—Y yo una mujer de Algax, la Estrella Sin Tiempo de Andrómeda —replicó ella—. Si te asombran estos prodigios, puedo explicártelos. Aunque imagino que ya la dulce Myzar te lo habrá referido antes…

—Escucha, reina Altair —prosiguió Simbad, insensible a sus palabras—. Nosotros, los hombres de mi planeta, tenemos por norma no obedecer a las mujeres. Es nuestra palabra la Ley.

—¿Ni siquiera obedecéis a vuestras reinas?

—No hay ya reinas en la Tierra. Eso quedó en el pasado. Si las hubiera, serían obedecidas. Pero ellas jamás ordenarían nada injusto.

—¿Y yo he ordenado algo injusto? —se irritó Altair, centelleando sus doradas pupilas.

—Sí, reina. No se me puede exigir lo que has pedido. Si te amo, iré a ti, y seré tuyo, como tú puedes ser mía. Pero si no te amo, nada ni nadie me harán aceptarte.

—¡Soy la reina!

—Eres la reina de tu propia estrella, no la mía, Altair.

— ¡Tú estás aquí, a mi merced! ¡Dispongo sobre ti, extranjero!

—Myzar no me trató con esa rudeza, reina Altair —avisó suavemente Simbad.

—¡Myzar es una reina sin corona! —Altair soltó una suave carcajada, llena de hiriente sarcasmo—. ¡Vamos, Myzar! ¿Es que no le has dicho toda la verdad a tu apuesto visitante?

—No… no toda…:—susurró Myzar, angustiada. Y rompió en sollozos, apoyando el rostro en el atlético pecho de Simbad.

El joven la rodeó con su brazo. Miró fría, glacialmente a la altiva y poderosa Altair, erguida en el centro de la gran sala, y fantásticamente iluminada por el cuenco votivo de la llama azul.

—Ella admitió que no me contó todo —dijo duramente Simbad —. Hazlo tú, en ese caso.

Altair dijo:

—Lo haré, extranjero. Y eso te demostrará lo torpe y equivocado de tu elección. Myzar fue reina. Pero ya no lo es. Está confinada aquí, en esta ciudad. Sólo dispone de burbujas vivientes, que cumplen lo que ella pide, para que no viva en soledad. Osó

enfrentarse a mí. Y, como otros rebeldes, terminó aniquilado su poder. Ahora, es la única ocupante de esta ciudad, desierta y olvidada de todos, que antes fue capital de su reino… Divertido, ¿verdad, extranjero? Ahora, supongo que sabes lo que te interesa hacer…

—¿Eso es todo cierto, Myzar? —inquirió roncamente Simbad.

—Sí… sí, querido Simbad —sollozó la joven de cabellos de plata — No tuve valor para referirte eso. Pero todo cuanto te dije antes, era cierto. Y muy cierto…

—Comprendo. Regías esta ciudad, como capital de tu reino. Y te rebelaste contra Altair.

—Sí, se rebeló contra mí. Y yo, Altair, reina suprema de Algax, la derroté. Nadie tiene derecho a rebelarse contra quien rige los destinos de sus súbditos.

—Pero tiene derecho a rebelarse, todo el que considere que está sometido a una vil tiranía —replicó, incisivo, Simbad. Apretó con mayor fuerza a Myzar contra sí. Desafió abiertamente a Altair, añadiendo con firmeza—: Puedes hacerme matar, reina Altair. Eres muy hermosa, y quizás hayas seducido a mucha gente de tu mundo. A mí no me vencerán tus encantos. Yo defiendo a Myzar. Y estoy junto a ella. En todo y por todo.

— ¡Dios sea loado, Simbad querido! —Myzar le miró, emocionada, a través del llanto que empañaba sus ojos—. ¡Gracias al cielo por esa decisión!

Lívida de ira, desencajada, Altair retrocedió dos pasos. Su elevada, sinuosa figura, se encogió, con un estremecimiento sensual de su piel morena. La mirada que fijó ahora en el terrestre era dura, amenazadora.

—¿Estás loco? —aulló, enarcando diabólicamente sus, arqueadas cejas azules—. ¡Puedo destruirte, sólo por desafiarme así! ¡Haré que mi guardia te destruya en un instante!

—No creo que puedas, reina Altair —replicó, virulenta, Myzar— Puedes destruirme a mí, pero no a él. Es un extranjero…

—¿Y qué importa eso? ¡Un extranjero que no puede oponerse a mi poder, tú lo sabes!

—Yo sé también otra cosa, reina Altair…—sonrió triunfalmente la bella Myzar —¡Él se ha bañado en las aguas del Mar de Luz Eterna! ¡Es inmortal! en nuestro mundo, tus armas no pueden

causarle daño, y tú lo sabes.

Altair palideció terriblemente. Clavó sus ojos dilatados en Simbad, y él se limitó a mantenerse erguido, escuchando aquel duelo de ambas mujeres. Su lenguaje sería tal vez indescifrable. Pero él, por aquella extraña condición telepática de la estrella Algax y sus habitantes, seguía todas las palabras fielmente.

—No es verdad —jadeó Altair, descompuesta—. Tú, extranjero, no has tocado las aguas doradas de la vida y la vitalidad eternas…

—Fue el primer lugar que vi al llegar de la Tierra —sonrió Simbad—. Toqué esas aguas, hundí en ellas mis manos y piernas…

—¡Maldito! —rugió la reina—. ¡Maldito extraño!

¡No debiste hacerlo! ¡Jamás debiste hacer tal cosa, porque ello causará la destrucción total de todo esto!

¡La reina Myzar morirá, ya que tú no puedes morir, porque el Oráculo presagia que un extraño bañado en el Mar de Luz Eterna, es realmente invulnerable… mientras pise el suelo de la Estrella Algax!

Se volvió a sus hombres, hecha una auténtica furia. Señaló fría, directamente hacia Myzar. Y ordenó, tajante:

—¡Arrestadla! ¡Llevadla a la Torre Áurea en el acto, por orden real!

Los soldados avanzaron hacia Myzar, Simbad, instintivamente, evocó un lejano día de su primera juventud, cuando un puñado de hombres armados intentaron robar a su padre, el viejo marino y pescador, su ganancia del pescado, tras la lucha cotidiana con el mar. Entonces, el joven Simbad se lanzó sobre ellos, con la sola fuerza de sus músculos, en una batalla titánica, que hizo huir a los ruines.

Ahora, algo igual iba a suceder. De nuevo la razón brutal de la fuerza, iba a domeñar el espíritu de libertad de una mujer hermosa, de una muchacha hacia la que se sentía atraído con toda la fuerza de una pasión, más allá de lo humano…

Ya estaban los hombres de Altair sobre Myzar. Ella, asustada, dio dos pasos atrás, ante los remates chispeantes de sus armas y el centelleo de sus metálicas corazas. Simbad, sin una sola vacilación, se lanzó sobre ellos.

No le importaba si era invulnerable o no. No le preocupó lo que dijera el Oráculo de Algax, ni el prodigioso baño del Mar de Luz Eterna. Lo importante era que Myzar iba a ser arrestada, quizá para

morir, por orden de la cruel y hermosa reina Altair.

—¡Quieto, extranjero! —ordenó, virulenta, la reina.

Era inútil ya. Simbad había tomado su decisión. Y cuando él tomaba una decisión, no se volvía jamás atrás. Cayó entre los soldados acorazados de Altair. Ellos, rápidos, volvieron hacia él sus armas. Cayeron sobre su piel las chispas de sus armas. Sintió arder sus ropas, calcinadas… pero sin que el fuego tocara o afectara en absoluto a su piel, que ni siquiera se chamuscó, ni sintió otra cosa que un leve cosquilleo apenas perceptible.

Entretanto, sus manos, como zarpas titánicas, habíanse extendido ya, aferrando a dos de los hombres armados. Los volteó sobre la cabeza misma de Myzar, como si fueran peleles, y los lanzó luego sobre el resto del grupo armado. El caos fue completo, y más de diez cuerpos rodaron por tierra, aparatosamente.

Aún no extinguidos los chillidos e imprecaciones de los adversarios planetarios, ya Simbad cargaba de nuevo sobre los que se mantenían en pie, sepultando sus puños en el frágil vientre de dos de ellos, que se doblaron, tosiendo secamente. Luego, les abatió de sendos mazazos en la nuca, y la emprendió con otra pareja cercana, a la que lanzó muy lejos, a puñetazo limpio.

Los hombres de Algax se diferenciaban de los humanos en su extrema fragilidad, que ellos, evidentemente, contrarrestaban con la fuerza de sus raras armas. Pero por un singular prodigio, las chispas de esas armas no causaban el menor efecto en Simbad.

El joven marino lanzó a tres nuevos soldados contra el grueso de la fuerza, desparramándoles con la violencia del impacto, a trompicones por el salón. Una de las armas le tocó la cabeza, y sintióse ligeramente aturdido, pero nada más.

Su corpachón atlético, firme, semidesnudo por las quemaduras de sus ropas, cubría por completo a Myzar, defendiéndola de todo ataque. Altair, súbitamente, lanzó un grito agudo:

—¡Alto! ¡Cese la lucha! ¡Atrás, soldados de Altair! —Obedecieron éstos, y la reina miró con ojos centelleantes de odio a Simbad—. Veo que, ciertamente, eres invulnerable, extranjero. No sé cómo ello es posible, pese al baño en el Mar de Luz Eterna. Siempre pensé que era solamente una leyenda. Los seres de Algax vivimos eternamente, porque desconocemos el Tiempo. Pero tú, que naciste en el Tiempo, y que estás sometido a sus normas

inexcusables, no entiendo de qué modo te hiciste invulnerable. Por ello te respeto. Pero sabrás ya por Myzar lo que dice el Libro del Destino. Tú puedes destruirme, y yo lo impediré. Myzar no te tendrá siempre a su lado. Y entonces, ella será el rehén contra tu poder. Piénsalo bien, extranjero. Si deseas la vida de ella únete a mí. Te prometo su perdón e incluso su defensa de todo peligro. Pero todo no puedes obtenerlo. ¡Serás solamente para mí… o para ninguna! ¡Vamos, soldados!

Dio media vuelta, altivamente. Arrastrando la cola esplendorosa de sus ropas sedosas, crujientes y multicolores, abandonó la gran sala, seguida de su maltrecha escolta.

Myzar se acurrucó contra Simbad, asustada y temblorosa. Éste la rodeó con su brazo fuerte, de poderosos músculos, y la alentó con suave tono protector:

—No temas, Myzar querida… Jamás amé a nadie como hoy te amo a ti. Yo velaré por tu existencia… y si es posible, te devolveré tu reino arrebatado. Ten fe, pequeña, ten fe…

—En ti, Simbad, tengo fe ciega —le miró, como fascinada—. Jamás, anteriormente, logró nadie una cosa así con los hombres de Altair. Eres un superhumano, Simbad.

El muchacho dijo:

—Siempre fui fuerte. Y ellos son débiles, quizá par la escasa fuerza de gravedad del planeta en qué estamos. Además, tal vez sea cierto que esa agua dorada tiene propiedades mágicas, querida… Me siento más fuerte que nunca. Ni siquiera lograron hacerme daño…

—No es un milagro ni una sugestión, Simbad —musitó ella—. Es la pura realidad, yo lo sé.

—Pero Myzar, compréndelo. ¿Cómo puede un agua, sea del color y de las propiedades que sea, hacer invulnerable a un hombre? Eso estaba bien en las viejas historias de hechicerías y de hadas maravillosas, pero no ahora, no en un planeta de Andrómeda tan avanzado como éste…

—Simbad, aquel mar dorado en que mojaste tus manos, no está formado de agua. Es energía líquida… Una energía que aniquila nuestro físico, porque, como tú dices, somos infinitamente más débiles que vosotros, aunque nuestro aspecto sea aparentemente igual.

—Entiendo eso, Myzar. ¿Por ello el agua aparente se convertía, en polvo luminiscente, al secarse en los dedos?

—Simbad, ese líquido deja de serlo cuando se adhiere a una piel humana. A la nuestra, sería puro tóxico, un veneno radiactivo, mortal. En tu piel y tu organismo, lo asimilas, porque estás adaptado físicamente a su potencia, y te da una mayor fuerza, una dureza y una especie de barrera protectora antitérmica, que impide a las tropas de Altair que te hagan daño, ¿lo entiendes ahora?

—Sí, ahora sí. No hay magia ni prodigio. Es, pura y simplemente, una reacción orgánica, al ser sometido a cierta intensidad radiactiva. Igual que si se pudiera atomizar o electrizar a un hombre, a determinada frecuencia. Se le haría refractario e invulnerable a una serie de armas.

—Supongo que sí. Yo no conozco tu mundo. Pero evidentemente, el Oráculo presintió ya la presencia de extranjeros más fuertes físicamente que nosotros, capaces de asimilar el poder maravilloso de esa energía dorada del Mar de Luz Eterna.

—Entiendo también ahora el porqué de su luz. Es como la luminiscencia de la pechblenda o el uranio, cuando el radio aparece en ello, en su más pura expresión. De ahí la claridad de ese mar, Myzar.

—Tú sabes mucho, Simbad. Tú conoces mejor que yo la respuesta a lo que aquí se ha considerado pura magia hasta hoy…

—Pero escucha, Myzar. En ese caso, la leyenda tiene un punto falso: no seré yo solo el que pueda adquirir esa fortaleza, sino cualquier terrestre que allí se bañe o toque aquel agua…

—Claro —ella parpadeó—. ¿Pero quién sino tú iba a bañarse? No hay nadie más…

—Oh, es cierto. El otro que podía hacerlo, está afortunadamente prisionero. Me refiero a Abdul, el que vino conmigo de la Tierra. Ése sí lo haría, para su propio lucro, y para imponer su voluntad por la fuerza. Es un asesino, ya te lo dije.

Myzar dijo:

—Sí, pero no temas. Yo sólo dispongo de las burbujas-robot, como muy bien te dijo Altair. Pero eso bastará. Ellas se cuidarán de ejecutarle, cuando de la sentencia. Y veo que ese hombre la merece.

—Lástima que no pueda pagar su delito en la Tierra —opinó Simbad—. Pero bien estará que pague el de aquí, ya que se

considera delito destruir a esas burbujas. Igual te destruiría a ti, Myzar, sin la menor vacilación.

—Empiezo a creer que yo poco cuento ya —suspiró tristemente Myzar—. Si no es uno, me destruirá otro. La amenaza de Altair es grave. Me aniquilará, Simbad. Y entonces, tú no podrás evitarlo. Ella esperará su momento.

—Myzar, ¿cómo pudo derrotarte Altair? Antes, me ocultaste la verdad. Creí que ambas estabais en guerra, no que lo hubierais estado… y que esa guerra hubiese concluido con tu derrota.

—Es una larga historia, Simbad. Pero muy corta de referir. Mi padre, Halab, era el rey supremo de Algax. Lo fue hasta ser asesinado a traición. Eso fue obra de Altair, que decía ser hija de los astros y tener derecho al trono. Yo la acusé de falsaria. Ella se hizo fuerte y huyó, protegida por algunos de los amigos de mi padre, cegados por su belleza. Sé que luego arrojó a todos ellos a los centicornios…

Simbad preguntó:

—¿Centicornios?

—Son unos animales, mitad mamífero, mitad ave rapaz, con la cabeza cuajada de cuernos como púas. Una de las fieras más temibles de Algax. Ella tiene a los ejemplares más terribles, en la Pista de su Torre Áurea. Allí lanza a sus enemigos. Allí pensaba lanzarme a mí, si ahora hubiera podido arrestarme. Los centicornios, no dejan rastro de sus víctimas. Las trituran a cornadas, y luego las devoran, volando con chirridos horribles, en señal de triunfo.

Simbad se estremeció. No era un cuadro agradable de evocar. Prosiguió el joven:

—¿Y allí terminaron los traidores su ayuda a la reina Altair?

—Sí. Todos cayeron. Para entonces, Altair tenía ya las riendas de la fuerza. Me atacó. Mi gente me abandonó o pereció en la lucha. Entonces, Altair me condenó a vivir confinada aquí, en mi antigua capital, como un fantasma, como una cautiva con aspecto de libertad y poder, rodeada sólo de vivas pero insensibles burbujas para obedecerme… Hasta que tú llegaste, viví confiando en esa profecía del Destino, que anunciaba la llegada de un extranjero. Y el extranjero ha llegado… Eres tú, Simbad. Sólo que ahora temo por ti. No quiero que me ayudes, querido. No, no corras riesgos, o

morirás un día, ante los centicornios. Vete a tu mundo, déjame a mí en mi propia estrella. Es demasiado lo que nos separa, para que tú te arriesgues a luchar por mí. Vete. Vuelve allá. Yo pensaré siempre en ti, te recordaré con amor inmenso, y si muero, moriré feliz, por saber que tú volviste a tu mundo y sigues existiendo, en algún lugar del Espacio y del Tiempo, lejos de Andrómeda y su presente.

Simbad preguntó:

—¿Y si no me voy, Myzar?

—Demostrarás que eres un loco. Y que yo tuve la culpa de forzarte a esto…

—A pesar de tus culpas, a pesar de mi locura… me quedo en Algax, Myzar. No volveré a la Tierra hasta no estar seguro de que tú no corres peligro. Es más, Myzar. En mi nave, hay sitio para dos… Tú puedes venir conmigo… a mi mundo.

—¿Yo a la Tierra? —ella sonrió, meneando negativamente la cabeza, con aire triste—. ¿Y qué haría allí? No, Simbad, desengáñate. No podemos convivir tú y yo, no está designado que compartamos la vida juntos. Somos de mundos muy lejanos, nos separan miles, millones de años, en realidad. Aquí no existe el Tiempo. Pero en tu mundo, sí. Para ti, ahora, tu mundo apenas si ha empezado a vivir, puesto que dos millones de años-luz te separan de él, y los has cruzado en unos segundos, rompiendo todo concepto y toda medida de Tiempo, saltando sobre éste y situándote, por tanto, al margen de él. La vitalidad de esa energía del Mar de Luz Eterna, te hace inmortal aquí, en la Estrella Sin Tiempo. Pero allí volverás a ser el que eras. Y yo, ¿qué sería? Ni siquiera lo sabemos. No, Simbad. No puedo ni debo ir. Como tú no puedes ni debes quedarte.

—Myzar, trata de comprenderlo. El amor está por encima de toda frontera, sobre toda diferencia, salva barreras que parecen imposibles…

Myzar dijo:

—Aun así, Simbad. Mis sabios ya estaban buscando una Máquina del Tiempo cuando yo era reina. Una cámara capaz de viajar en el Tiempo ajeno a nuestra Estrella. Sería el medio de ir a la Tierra. Bastaría con saltar dos millones de años-luz, hacia adelante, y al punto prefijado donde está tu mundo. No sé si llegaron a lograrlo o si lo están perfeccionando. Ahora trabajan para ella, para Altair. Pero aunque lo hubiesen logrado, yo jamás lo

hubiera, utilizado. Es algo que va contra Dios…

—Si es para destruir, para odiar o para aniquilar, sí. Todo lo que sirva para el Mal, va contra Dios mismo —sentenció Simbad—. Pero aquello que sirva para aproximar pueblos, civilizaciones, seres vivos e inteligentes, es una mutua y común labor por unir el Universo y armonizar en él una paz constante y total, es algo, que el Creador ve con agrado. Tiempo y Espacio, son conceptos que nosotros inventamos y a los que nos esclavizamos voluntariamente desde el principio mismo del Tiempo y de la Vida. Pero Dios, que está sobre todo eso, porque todo es obra Suya, al hacernos Sus criaturas, nos concedió libertad para trazarnos nuestro propio destino…

Myzar le escuchaba con expresión asombrada, subyugada. Embebida en sus palabras, solamente atinó a aproximarse a él, a besar sus labios y a murmurar:

—Eres maravilloso, Simbad. Realmente maravilloso, querido… Tal vez tengas razón. Pero no debo hacerlo… Ni siquiera creo que Altair me dejase huir de la estrella. Ella lo controla todo, ya lo has visto…

En este momento, por la entrada del palacio emergió una de las burbujas-robot, igual a aquellas que raptaron a él y a Abdul, cerca del Mar de Luz Eterna. Myzar, rápida, se volvió a la burbuja, y lanzó una exclamación de inquietud:

—¡Simbad, esa burbuja!…

—¿Qué? ¿Ocurre algo? —rápido, avanzó él hacia la esfera cristalina, que pareció vacilar frente a él.

—No, no. Deja que llegue —le pidió Myzar—. Emiten una serie de ondas magnetosonoras, de alta intensidad, que alcanzan nuestro, sensible cerebro, aunque no el tuyo. Deja que me refiera… Cuando una burbuja llega sin ser llamada, es que algo sucede…

Simbad, sorprendido, asistió al más raro coloquio imaginado. Un silencioso cruce de ondas magnéticas, entre la mente de Myzar y aquella sorprendente forma viva que era la burbuja cristalina.

Tras unos instantes, Myzar palideció. Se volvió a Simbad, con gesto alarmado.

—Dios mío, puede ser un caos, Simbad…—jadeó.

—¿El qué? ¿Qué es lo que sucede?

—El preso… Ese compañero tuyo de viaje, el asesino…

—¿Abdul Gamel? ¿Qué hay con él, Myzar?

—Está libre… Lo rescató la reina Altair… y se lo llevó. —Dijo que no creía en profecías. Y que si un terrestre se fortalecía en el Mar de Luz Eterna, otro podía también hacerlo, y ser tan invencible como él… Abdul juró que lo primero que haría, una vez bañado en el agua dorada, sería destruirte, Simbad…

CAPÍTULO VIII

LA TRAMPA

PERO una de aquellas dóciles, ligeras burbujas cristalinas, les trasladó hasta la orilla del Mar de Luz Eterna, donde el destino había llevado la primera vez a los viajeros del ultra-espacio, entre galaxias.

Myzar y Simbad viajaron dentro de la esfera transparente, flotando entre las singulares nubes violáceas, que ahora iban tomando un tono casi añil, a medida que oscurecía el celaje de la estrella Algax, en Andrómeda.

—Esas nubes cambian de color. Y el cielo también— observó Simbad, en pie sobre el curvo suelo transparente, allá en las alturas —¿Hay noche en Algax?

—Sí. Una noche que no sé si es larga o corta, porque el tiempo no existe más que en el simple concepto de luz de día y luz astral, durante la noche. Mira al cielo, Simbad. Es un bello espectáculo, aunque tal vez en tu mundo haya algo parecido a eso también.

Simbad miró. La noche de la estrella de Andrómeda, era realmente increíble. Igual que vivir sumergido en plena Vía Láctea, en una auténtica pléyade lechosa, de nebulosas y astros radiantes. Salpicado el negro cielo por cientos, por miles de cercanos soles, estrellas de gran magnitud, desde «gigantes azules» hasta «pequeñas rojas», apenas si quedaba una región celeste realmente en sombras; Un auténtico mar de astros, una catarata de singulares cuerpos celestes, centelleando en el núcleo denso de Andrómeda, rodeaban el cuerpo, igualmente luminoso, de Algax, la estrella sin fuego, la fría y luminosa Algax, de los habitantes humanos y el aire respirable.

—No, nunca vi nada igual —confesó asombrado Simbad—. Ni

creo que ser humano alguno lo haya visto jamás, fuera de vosotros mismos…

—¿Te gustaría Algax, Simbad? ¿Te quedarías aquí, si no hubiera peligros, y tuvieras la posibilidad de quedarte a mi lado para siempre? —preguntó ella de súbito.

Simbad la miró fijamente. Cuando habló, lo hizo con certeza, sin una sola duda:

—Myzar, aun en estas condiciones de ahora, me quedaré igualmente. Y si tú no estuvieras y fueses a un mundo todavía más lejano, yo buscaría el medio de llegar a ti…

—Oh, Simbad, te amo… —musitó ella, apoyándose en su pecho —. Y creo que ahora sé el por qué, a ciencia cierta.

Simbad la besó. Estaban ya sobre la playa del Mar de Luz Eterna. Simbad miró en seguida a tierra, en tanto que Myzar lo hacía oteando las olas doradas del extraño mar radiactivo de Algax.

—Parece que ese Abdul aún no ha llegado —dijo ella.

—Es evidente que no —Simbad señaló abajo, a la forma inconfundible de su ligero vehículo plástico, el gran invento para viajar por el Tiempo-Espacio, de Ahmed Kahn—. O de otro modo, eso no estaría ahí. Abdul no lo dejaría olvidado y a mi merced, por nada del mundo.

Myzar preguntó:

—¿Esa es tu nave espacial, Simbad?

—Sí. Esa es. Podemos ocuparla tú y yo. Y volar a la Tierra ahora mismo… Hay gas nuclear para una sola vez. Jamás volveríamos, porque su creador murió. ¿Te decides?

—No, Simbad. Mi destino está aquí, en Algax. Tanto a los míos… Pero tú puedes…

—Ya sabes mi respuesta, Myzar. No iré a ninguna parte sin ti…

Planearon, hasta posarse en el suelo nacarino. La burbuja les dejó en libertad. Simbad señaló la nave. Asintió Myzar, y la burbuja floto, hasta caer sobre la nave, cargarla dentro de sí, y elevarla fácil, graciosamente en el aire, juntamente con ellos dos. Voló de nuevo hacia la ciudad del antiguo reino de Myzar, donde ella vivía ahora confinada, y servida solamente por simples burbujas mecánicas, de vida propia, pero sometidas a un mando ajeno.

—No podemos saber cuándo Abdul recibirá su baño de Aquiles —bromeó Simbad—. Pero sí podemos impedir que se adueñe de la

nave para regresar a la Tierra. La ocultaremos en la ciudad. Un lugar desierto, con tantos edificios, no será difícil lugar para ello.

—Sí, Simbad; haz lo que creas conveniente. Confío plenamente en ti…

—Dios quiera que resulte digno de esa confianza —sonrió el joven árabe, oprimiendo una mano de Myzar, dentro de la burbuja viajera, flotando bajo las estrellas que, a miríadas, con una proximidad asombrosa, salpicaban de luz el firmamento.

No fue difícil ocultar la nave. La ciudad tenía muchos recovecos insospechados, y Simbad imaginó que acaso el menos imaginado, sería el tubo de desagüe de la gran piscina central del palacio de Myzar, justamente junto al edificio en forma de estrella poliédrica, una de cuyas puntas era un audaz puente sobre el estanque.

Las dimensiones reducidas y cilíndricas de la nave genial de Ahmed Kahn, lograron que encajase en aquella roja tubería luminiscente de vitroplástic, cuyos compartimentos estancos habían sido previamente ajustados para evitar que el líquido pudiera malograr la nave. Myzar le había dicho que la aparente agua, era una especie de solución líquida, cargada de ingredientes químicos, sales y minerales, peligrosa para cualquier mecanismo de precisión absoluta, como aquél.

Después, Myzar y Simbad hicieron una cena inolvidable en la alta terraza del palacio estrellado. El ex marino supo lo exquisitos que podían ser los frutos ignorados de Algax, la carne de ciertos animales, y unos pescados increíblemente bellos y sabrosos, todo ello acompañado con un líquido fermentado, en apariencia, más próximo a la leche que al vino, pero más parecido a éste en la realidad de su sabor y graduación.

—Ahora, reposa, Simbad —le pidió ella—. Las burbujas montarán guardia durante la noche de Algax, para evitar que nada suceda. Duerme tranquilo, querido.

—¿Hasta mañana descansaremos ambos?

—Aquí no existe, «mañana», como no existió «ayer» no cuenta el «hoy» —sonrió ella—. ¿Cuándo olvidarás ese viejo concepto del Tiempo que aquí no significa nada? Esto; Simbad, puede ser noche. Pero su duración no cuenta. Puede ser un minuto, pueden ser mil años. Para ti, para mí, será igual. Nuestro cuerpo reposará, en la suspensión vital de la cámara de reposo, hasta que llegue el día.

Entonces, despertarás, sin saber lo que dormiste.

Con su andar grácil, alado, como si apenas tocara los suelos de su mundo, Myzar le condujo a su cámara de suspensión aislada, donde una especie de vitrinas rectangulares mantenían dentro al hombre, durmiendo en una suspensión automática, que podía ser animada o inanimada, sin que el Tiempo contara en la total paralización mental y física del durmiente.

—Descansa ahora, querido— le pidió Myzar, besando sus labios tiernamente.

Simbad le devolvió el beso. Sí, comprendía que necesitaba descanso, o no hubiera sido humano. También ella lo precisaba, aun en un lugar del espacio donde no contaba el Tiempo. Si sus adversarios les sorprendían agotados y fatigados, serían fácil presa de su maldad.

—Las burbujas vigilan —le recordó ella—. Si algo ocurre, automáticamente vendrán a despertamos, Simbad, querido.

El joven, mientras se tendía sobre el lecho de invisible fuerza magnética, suave y muelle como el mejor colchón, descubrió las burbujas recorriendo los corredores, igual que asombrosos vigilantes sin ojos, rostro ni cuerpo: Myzar ajustó la puerta de la cámara. Luego, ella misma se alejó hacia su propia cámara de reposo.

Simbad echó atrás la cabeza. Con suavidad, casi con una sensación de letargo. Se quedó inmóvil, y dejó de pensar, de ver, de oír… Debía de estar durmiendo, pensó, antes de no pensar nada…

* * *

Tuvo la noción exacta del desastre, aun antes es saltar de su urna de descanso.

Nadie le había avisado, ni parecía ocurrir nada. Las burbujas no estaban siquiera en el corredor. A través de un orificio circular, en la cámara, descubrió que aún era noche, y que el firmamento estrellado de Algax brillaba, deslumbrador.

Algo le había despertado. Aguzó el oído. No sucedía nada. Ni parecía haber ruido o suceso alguno que pudiera provocar aquel sobresalto imprevisto en él. Se incorporó, abrió la tapa de la urna de descanso, con el sistema de seguridad, y control interiores.

Miró a un lado y otro del corredor. Nadie. Ni burbujas, ni persona de ninguna especie. Lo segundo, no resultaba raro en la ciudad desierta. Lo primero, sí. Muy raro. ¿Dónde estaban las burbujas en este momento? Habíanse cuidado de establecer vigilancia. Una vigilancia que ahora no se veía por ninguna parte…

Sabía dónde estaba la cámara de Myzar. Cruzó a la carrera el corredor, se encaró con una puerta abierta. Dentro, vislumbró la cámara transparente para reposar. ¡Myzar no estaba sobre el invisible lecho de columnas magnéticas, dentro de la cámara!

—¡Myzar! —jadeó—. Myzar, ¿dónde estás ahora?

Nadie le respondió. Simbad descubrió que la tapa se había levantado… pero desde fuera. Allí no encontraría a Myzar en modo alguno.

Echó a correr. Al volver el recodo del corredor, algo más allá, dio con otro detalle de tremendo significado: las burbujas.

Estaban todas como aplastadas, destruidas, atacadas sin duda con algún ácido que las disolvió, mutiló o, simplemente, deshinchó, dejándolas como residuos de una batalla. Eran como globos reventados, lastimosamente abatidos en el suelo del corredor.

Las burbujas habían sido aniquiladas. Y Myzar no aparecía…

Desesperado, Simbad recorrió todo el edificio, subió y bajó rampas del gran palacio, en busca siempre de Myzar o de otras burbujas vivientes. No encontró una cosa ni otra.

Fue al salir a la gran plataforma de la piscina de forma de flor, cuando la vio. No era Myzar, ciertamente, sino la reina Altair en persona.

Erguida, solemne, dueña de sí por completo, se mantenía sobre la pista metálica, rodeada por sus hombres, que no apartaban de ella su vigilancia. Al descubrir la aparición de Simbad, soltó una larga, seca carcajada.

—Mi querido extranjero, ¿estás preocupado por tu amada? —sonrió ella, burlona.

—¡Reina Altair, dime dónde está, ella ahora… o destruiré tu poder, aunque sea lo último que haga en esta vida! ¡Vamos, habla! ¡Quiero saber dónde está Myzar!

—Podría responderte que no lo sé. O que mis jaurías de feroces y ávidos centicornios la despedazaron y devoraron ya. Pero mentiría, Simbad —dijo Altair, con orgullo y dominio absoluto de sí

misma y de la situación Sé dónde está… ¡porque yo misma la envié allí! Ahora está Abdul Gamel, un viejo amigo tuyo de la Tierra, cuidando de que a ella no le suceda nada malo… por el momento.

—¡Canalla! ¡Entregarla a un bestia, a un ser tan vil como Abdul! ¡No tienes corazón ni nobleza, reina Altair!

—Lo hice todo por ti, extranjero. Si me rechazas ahora, no habrá otra oportunidad. Tú, a fin de cuentas, nunca alcanzarás ya a Myzar, Ella no te corresponde.

—¿Quién dice eso? ¿Tú?

—¡Sí, yo! ¡Y yo soy la reina Altair! —rió dura, fríamente, irguiéndose como un espectro hermoso y terrible—. ¡Por eso yo utilicé mi máquina del Tiempo, que ya está lograda, y envié a Abdul con Myzar hacia la Tierra, dos millones de años-luz atrás…!

—¡No puedes haber hecho eso! —aulló Simbad—.

¡No te habrás atrevido!

—Claro que sí, Simbad. La envié a la Tierra. Allí perecerá, si no se adapta o tú vas en su ayuda… Y no creo que tú tengas medios de volver a la Tierra.

Simbad apretó los labios con firmeza, entornó los ojos glacialmente, y respondió a la reina Altair:

—Tal vez te equivocas, reina. Tal vez estás en un gran error. Aún no he perdido mi batalla… ¡ni Myzar la suya! Quizá no vuelvas a vernos a ninguno. Pero Myzar no estará mucho tiempo a merced de Abdul, allá en la Tierra…

Echó a correr desesperadamente. Ahora era el momento de utilizar de nuevo la nave, de abandonar Algax, la estrella de Andrómeda, y volar a la Tierra, en busca de Myzar, que estaría con Abdul en alguna parte… La monstruosa decisión de Altair, aquel cobarde rapto y envío de Myzar a un lugar no accesible, en compañía de un asesino, no tendría éxito.

Él, Simbad, encontraría de nuevo a su amada. Aunque para ello tuviese que dejar atrás a Andrómeda, perdida de nuevo en la inmensidad de lo inalcanzable.

Descendió hacia las tuberías de la gran piscina. Allí estaba aún la nave plástica, cilíndrica. Penetró en ella de un salto, ajustó la tapa, mientras los soldados de Altair le perseguían…

Derramó el gas rojo del recipiente, hasta su total agotamiento. Centró con precisión las agujas del sencillo «tablier», señalando los

dos millones de años-luz y el planeta Tierra…

Luego, apretó el botón rojo…

La nada otra vez.

Y luego…

DESPUÉS DEL PRÓLOGO

I

—¿Y luego, Simbad? —preguntó Ethel.

Mi mujer parecía convencida de todo aquello. Y, ¡qué diablos!, creo que yo también lo estaba. Era demasiado. Demasiado para que una mente lo inventara, aunque ésta fuese descendiente de la de un hombre tan fantástico como fue Simbad, el Marino…

El anciano de la blanca barba y los ojos oscuros se encogió de hombros, con un rictus de amargura. Parecía él mismo volver ahora de algún lugar en el futuro, a dos millones de años-luz de nosotros…

—Luego… ya lo ven… Mi error de cálculo, por la rapidez de la marcha… Confundí el siglo… pero ya no podía volver atrás. El profesor Kahn no dejó más gas rojo. Nunca podré volver ya a Algax, en la Andrómeda…

—¿Ni podrá encontrar a su Myzar, perdida en otro siglo del futuro, en la Tierra? —añadí yo, pareciéndome que hablaba como un imbécil.

—No, no es eso. No encontraré nunca a Myzar. Pero no por mi error de cálculo —dijo Simbad, apagadamente—. La maldición fue creer en la perversa Altair. Ella nunca envió a Myzar a la Tierra. Fue la trampa en que yo caí. Consumí el último combustible para volver. Y ella se quedó donde estuvo siempre: en Algax, en poder de Abdul y de la reina Altair. Una vez, soñé con Myzar. En el sueño, alguien me decía que todo cambiaría cuando alguien creyera en mí, y no le pareciese yo un viejo chiflado que narrase estupideces…

—Hay cosas que no entiendo, Simbad —dije, tratando de hablar seriamente— ¿Por qué, si puede ser eternamente joven, tiene ese aspecto de vejez, de total derrumbamiento?

—Mi error me privó de mi edad. Llegué hace años a la Tierra. Años que para Algax, nada significan, porque es la Estrella Sin

Tiempo. Pero sí para mí. He ido envejeciendo… y así llegará mi final, mi muerte… mientras allá, en un lugar del futuro y del espacio, en Andrómeda, una mujer recuerda al extranjero al que amó… y al que perdió para siempre.

Parecía que era el fin del relato. Miré a Ethel. Se había hecho tarde. Hice seña al camarero. Pagué. Nos dispusimos a salir de allí, dejando al narrador con su historia, real o inventada.

—Yo creo en usted, Simbad —dijo Ethel, cuando salíamos, apoyando una mano en su hombro—. Tal vez, como dijo su sueño, éste sea el principio de algo mejor…

Salimos. Evidentemente, a Simbad no le infundieron mucha fe las palabras de Ethel. Yo la miré asombrado. Había oscurecido. Y allí, en la calle, recordando todo aquello, comprendía que no podía ser cierto.

Cosas así no suceden jamás a nadie. Y menos a un marino de barba blanca, que bebe licor en una taberna portuaria de Basra.

Ethel me miró de soslayo, mientras volvíamos al hotel. De pronto, indagó:

—Tú no has creído nada de eso, ¿no es cierto, querido?

—Cielos, Ethel, ¿cómo había de creerlo? —manifesté—. Es ingenioso y poco vulgar. Pero de eso a darlo como cierto… Tendría que estar loco, querida, para una cosa así. Si haces caso a cuantos en estas tierras te narran cosas semejantes, acabarás en una clínica de enfermos mentales. Olvídate de todo eso. Es tarde, y siento apetito…

Ahí terminó todo. O pareció terminar…

II

Confieso que el relato me produjo aquella noche extraños sueños, en los que se mezclaban vuelos espaciales, con estrellas lejanas, mujeres hermosas y marineros árabes de blanca barba. No sé por qué, en mi sueño también aparecían Aladino y Alí Babá, además de los cuarenta ladrones.

Me desperté, irritado conmigo mismo. Y un poco también con Ethel. Pero ella ya se había levantado, al parecer tan fresca, y quería ir de compras por la ciudad. Continuábamos en Basra. Yo, que creí que íbamos a volver a Bagdad, refunfuñé algo. Pero como todo buen marido, acabé por acceder. Y de compras fuimos.

Creo que ése era el siguiente paso del Destino. Y que, si como los árabes creen, lo que ha de suceder está escrito, escrito estaba que Ethel fuese portavoz del propio Destino.

—Vamos a entrar en esa tienda —dijo, ante un establecimiento de bellísimos trajes y atavíos femeninos.

Me estremecí. Acostumbraban a ser lugares carísimos. Y yo conocía bien a Ethel. Pero entramos. Como sucedía siempre que a ella se le antojaba algo.

Solamente había un hombre haciendo compras. Un árabe atlético, corpulento y no muy alto, con ojos grises y barbita recortada, terminaba al parecer de elegir ropas. Pagó y dio un nombre y una dirección a la joven empleada. Ella lo anotó en un bloc de notas, y asintió. El árabe abandonó el local. Ethel le miró curiosamente, sin decir nada.

Estaba yo aguardando a que la joven nos atendiera cuando Ethel, que se había ido a un determinado lugar del mostrador, volvió a mí y me dijo en voz baja:

—¿Viste a ese árabe joven y atlético que salió?

—Sí, lo he visto. ¿Qué hay con él?

—He mirado la dirección y nombre que dejó escritos en el bloc de la empleada.

—¿Ahora te dedicas a curiosear en lo que no te importa, Ethel? —me enfadé.

—No seas tonto, querido. Ven y lee lo que anotaron: Hotel Internacional, cuarto 86S. Abdul Gamel.

—¿Abdul Gamel? —la miré. Recordé su aspecto, y me eché a reír—. Oh, ya veo. Querida, ese es un nombre muy vulgar por aquí.

—Pero ese árabe tenía barbita recortada, ojos grises, es atlético y joven…

—Sí, sí. Todo parece coincidir. Y eso te demuestra lo farsante que es el amigo Simbad. Elige gentes a quienes conoce, como personajes de su historia. Eso le da realismo.

— ¿Y si no fuera, eso, querido?

—Oh, entonces Abdul habría llegado del espacio, de la lejana Andrómeda, para, darse un paseo por Basra, y llevar unos regalitos a la reina Altair. Enternecedor, ¿eh?

Ethel meditó, frunciendo el ceño. Y de súbito, me soltó lo que menos esperaba yo:

—¿Sabes una cosa, querido? Creo que acabas de dar en el clavo. Eso es lo que sucede. Abdul Gamel, ha vuelto. Quizás en busca de algo para su nuevo mundo en las estrellas. Y quizá, también, para matar a Simbad, al viejo Simbad de la historia increíble…

III

Así es Edith y lo malo es que yo la seguí en su disparatara idea.

Poco después, sin haber hecho ninguna compra, llegábamos al Hotel Internacional, y Ethel preguntaba por Abdul Gamel. Le informaron de que no había vuelto aún. Luego, ella hizo una pregunta muy habilidosa, lo reconozco:

—Acabo de enterarme de su estancia aquí. Oh, no sabía que mi buen amigo y primo Abdul estuviese en Basra hace tiempo…

—Al menos en este hotel, no señora —le respondió, amable, el empleado—. Su primo ha llegado ayer. Creo que hoy mismo se marcha.

Me miró triunfante. Y más todavía cuando, con sus persuasivas dotes, obtuvo permiso para tomar la llave de Abdul y esperar arriba. Aún hizo antes un viajecito misterioso al vestíbulo del hotel, volvió sin decirme nada, con sonrisa burlona, y me invitó a subir con ella.

—No pensarás entrar en el cuarto de ese hombre, ¿verdad? —me horroricé.

—¿Y por qué no? Tengo un primo llamado Abdul Gamel. Si él llega, demostraré mi error. Pediré disculpas, y todo resuelto, querido.

Ni siquiera sé por qué la seguí. Aquello tenía que terminar mal, me dije. No tenía pies ni cabeza, meterse en un lío, con un árabe honorable y serio, imaginando que era un visitante del siglo XXII, alegremente lanzado al turismo en el siglo anterior a su existencia.

Ethel abrió la puerta con una sangre fría espeluznante, me hizo entrar y cerró de nuevo. Miramos en torno. Creo que ella se defraudó un poco. No sé si esperaba hallar cohetes y cosas así, pero allí no había nada anormal. Incluso existía un maletín y un baúl metálico, no muy alto, apoyado en el muro. Ella me pareció desalentada.

—Acaso me equivoqué, después de todo —confesó, plañidera—.

Pero yo juraría que no, querido. Sin embargo, no es fácil que él viva aquí, alejado de su máquina.

—¿Máquina? ¿Qué máquina? ¿La de afeitar, quizá? —me burlé, irritado.

—No seas necio, Todd. Hablo en serio. Si es Abdul Gamel, el asesino de Ahmed Kahn, y asociado a la reina Altair, en alguna parte está el mecanismo del Tiempo qué le trasladó aquí, en pos de Simbad.

Suspiré, abatido. Ethel estaba trastornada sin remedio. La culpa era mía, por llevarla a cantinas portuarias, por muy año 1995 que fuese aquel en que vivíamos. Me dejé caer en una butaca, cansadamente. Casi ni me acordaba ya de hallarme en un cuarto extraño.

Ethel seguía curioseando por la habitación. Y de repente, hizo algo que me heló la sangre. Se dispuso, pura y simplemente, a abrir el baúl.

—No, no hagas eso, querida —pedí, suplicante—. Pueden encarcelarnos por todo esto, sin necesidad de que abras el equipaje de ese hombre…

Pero ella no me hizo caso. Había encontrado la aldaba y tiró de ella, abriendo ambas partes del baúl, con un chasquido. Me estremecí, cerrando los ojos.

Los tuve que abrir, cuando Ethel manifestó suavemente:

—Mira, querido. Eso no es un baúl.

Miré. Efectivamente, el interior del baúl no era justamente lo que podía esperarse. Abiertos ambos lados, formaban una pequeña cámara, de bajo techo, pero suficientemente para una persona, con un raro cuadrante, unos resortes, un complicado reloj con horas, días, años y siglos, y una especie de fondo de espuma, para acomodarse dentro del supuesto baúl.

La miré, perplejo. Ethel estaba algo pálida y llena de excitación. Dijo, con aire sentencioso:

—Me lo decía el corazón, Todd. Sabía que era él… y que todo era cierto. Ese baúl… es la cámara del Tiempo, la máquina que traslada a Abdul a cualquier lugar en el Espacio y en el Tiempo, con sólo sincronizar la esfera del Tiempo y el cuadrante graduado del espacio. Ahí dentro, Abdul desaparecerá de este hotel cuando quiera. Y el supuesto baúl, con él, trasladándose su materia a

Andrómeda, a la lejana Algax…

—Eso es un disparate… Pero desde luego, algo significa esto…

—Oh, Todd, no puedes ser tan escéptico. Todo era cierto. Lo estamos viendo.

—Pero, aunque así fuese, nada podríamos hacer.

Abdul mató a un sabio que, en nuestro mundo, aún no ha nacido. Es un criminal del futuro, y la policía nada podría hacerle…

—La policía no, pero ¿y Simbad? Es su gran oportunidad de hallarse frente a frente con su enemigo, quizá de volver a Algax, junto a Myzar, utilizando esta máquina —señaló el baúl—. ¿Te das cuenta de lo que podría hacerse aún por Simbad?

—Nosotros, nada. No tenemos capacidad para luchar, Ethel. Y Simbad es un viejo, un hombre que se agotó en la Tierra… —moví la cabeza, con pesimismo—. Vámonos, Ethel. Deja que Abdul vaya a su estrella o adonde quiera. No podemos hacer nada por evitarlo.

Me volví para salir de allí. Entonces le vi. Previne a Ethel, y ella se volvió, lanzando un ronco grito de alarma. No intentamos salir. Abdul Gamel nos cerraba todo paso.

—¿Qué hacen ustedes en mi alcoba, señores? —preguntó fríamente, por encima de su pistola, un arma térmica, muy futurista, quizá la misma referida por Simbad. Un arma capaz de darnos igual dosis de muerte que a Ahmed Kahn,

—Creí que usted era Abdul Gamel, mi primo de Estambul —tartamudeó. Ethel.

—Miente. Han hablado de una estrella. Ustedes saben quién soy —miró al baúl abierto, y sus duros ojos grises se achicaron, con una luz cruel—. Han mirado a fondo, ¿eh?

—Es posible sostuvo con valor Ethel —¿Qué piensa hacer? ¿Matarnos como a Ahmed Kahn, o llevarnos con usted hasta Algax?

—Saben mucho —silabeó Abdul—. Han oído la historia de Simbad; es evidente. Cosa que lamento por ustedes. Tendrán que morir. No pueden acompañarme a Algax, para ser ejecutados allí. La cámara es solamente para uno.

—¿Podemos causarle algún mal, quedándonos con vida en nuestra época y mundo?— le repliqué—. Usted va a marcharse de un momento a otro. No podemos hacerle daño.

—Tal vez podrían hacerlo cualquier día. Es una era de grandes inventos. En cualquier momento, la Máquina del Tiempo puede ser

también una realidad aquí.

Y ustedes hablarían entonces. No, no. Es mejor que mueran. Me sentiré más tranquilo, por lejos que esté.

Adelantó la mano armada. Ethel, serena y pálida, se aferró a mi brazo. Yo vi la extraña pistola enfilada hacia nosotros, y me resigné a morir dignamente. Le sonreí a Ethel, alentador.

—Ánimo, querida —dije—. Hay cosas irremediables,

—Perdón por esto, Todd —musitó ella—. Sólo quise ayudar a ese hombre…

—Nadie puede ayudar a Simbad —replicó Abdul, disponiéndose a tirar—. He venido para terminar con él. Ya viajé por mi época en la Tierra, y no lo encontré. Supe pronto en qué estación del Tiempo estaba, y me presenté en ella. Cuando de con él, le mataré.

Y ahora sé dónde dar con él. Eso calmará a Altair. Es una reina supersticiosa. Cree que, según el Oráculo, Simbad puede volver a destruirla…

Soltó una risotada, y añadió:

—Bueno, se ha terminado. La pistola tiene nueve cargas. Las obtuve en mi época. Servirán para ustedes, amigos…,

Iba a disparar ya.

Entonces llegó él. Le vi penetrar por la puerta entreabierta. A pesar de su actual vejez, Simbad era, aún un hombre fuerte. Y su encuentro con el odiado enemigo, le dio mayores fuerzas que nunca.

Los oscuros ojos llameaban, la mano alzaba el pesado bastón en que se apoyaba, durante sus largos paseos por el viejo puerto de Basra. Estaba a espaldas de Abdul, erguido en la entrada de la estancia.

No fue capaz de obrar a traición, ni siquiera con una rata vil como Abdul. Llamó:

—¡Aquí estoy, canalla! ¡Encárate conmigo, traidor!

Abdul abrió enormemente los ojos y se volvió. Yo iba a saltar, para desviar su arma, dirigida ahora contra Simbad.

Pero el marino conocía la clase de enemigo que tenía ante sí. Nada más gritar, saltó de costado con una agilidad pasmosa, y la carga explosiva pasó junto a él, estallando en la puerta, que comentó a derretirse como si fuese cera.

Simultáneamente, Simbad bajó su bastón, con brutal impacto.

Abdul chilló, golpeado en plena cara. Retrocedió, y un segundo golpe le hizo caer de rodillas, sangrando por la boca copiosamente. Escapó el arma de su mano, y Simbad le soltó un tercer mazazo brutal, que lo abatió estrepitosamente.

Luego, hubo un silencio. Simbad contempló, jadeante, a su enemigo. Parecía haber sido joven durante unos segundos, pero de nuevo la vejez, el cansancio, volvían a él. Miró con intensidad a Ethel. Luego, a mí.

—Sabía que era buena señal —dijo— ustedes fueron los primeros en creer m mí. Pero nunca imaginé que todo pudiera ser tan bueno… Gracias, señora, por llamar a la taberna por televisófono, para que me informaran de que había hallado a Abdul Gamel en este hotel. Acudí tan rápido como pude. Mis… mis últimas monedas, las empleé en un turbo-móvil muy rápido…

—¡Ahora no necesitará dinero, Simbad! —sonrió Ethel, feliz. Le señaló el baúl—. Entre ahí. Le llevará a su lejana estrella, y al Tiempo de Myzar y de Andrómeda. ¿A qué espera, Simbad amigo?

Simbad asintió, con un brillo emocionado en los ojos. Se movió, como un fantasma, hacia la Máquina del Tiempo.

—Sí, creo que ahora si puedo trasladarme allí… —musitó Puedo volver a mi mundo, al mundo de Myzar…

Se inclinó. Tomó el arma térmica de Abdul, la apretó contra sí, tirando el bastón al suelo. Tambaleante, siguió hasta apoyarse en el supuesto baúl. Se volvió de nuevo hacia nosotros.

—¿Cómo podré pagarles esto alguna vez? —musitó.

—Olvídese de ello —sonrió Ethel—. ¿Verdad, querido?

—Sí —suspiré—. Olvídelo para siempre, Simbad. Usted ha encontrado ya su camino. Vaya hacia Algax. Y no vuelva nunca por aquí. Ya ha visto lo que le sucedió a Abdul por hacerlo así, cuando la reina Altair logró perfeccionar su Máquina del Tiempo…

Miré al caído y sonreí.

—Abdul será ahora una ruina, perdido su contacto con Algax. Pero para ello, deberá usted aniquilar a la reina Altair. Será la única forma de que haya ¿paz, Simbad. Y de que nunca corra usted el peligro de volver a envejecer, desterrado en un mundo y una época que no son los suyos.

Asintió Simbad, comprendiéndome. Luego, manipuló en los mecanismos de la Máquina. Le vi situarlos en el punto preciso para

volar a Algax a través de la Dimensión Espacio-Tiempo, único medio de alcanzar puntos tan infinitamente lejanos de nosotros.

Se volvió finalmente hacia nosotros. En silencio, estrechó la mano de Ethel. Luego, la mía. Descubrí una humedad extraña en sus ojos.

—Dios les bendiga —musitó—. Desde allá arriba, no podré decirles nada de lo que siento. Habrá demasiada distancia entre nosotros. Jamás coincidiremos ustedes y yo en nuestra vida. Pero el recuerdo, la gratitud, serán eternos. Esté donde esté, sabré que a ustedes debo todo. Si alguna vez se acercan a un potente telescopio, y miran hacia Andrómeda, es posible que un astro, entre todos, brille más que ninguno. Será Algax, que centelleará en su honor y en su recuerdo.

—Gracias, Simbad —suspiró Ethel, emocionada—. Será el más bello de los mensajes. Esté seguro de que llegará. Y así sabremos Todd y yo, si usted llegó realmente a su destino. Si Simbad realizó su última singladura, y su nave arribó a las estrellas, para siempre…

—Había entrado en el baúl, sentándose en su rectangular cabina. Ethel misma comenzó a cerrar la tapa, con una última sonrisa.

—Adiós, amigos —dijo él, estremecido de emoción.

—Adiós, Simbad amigo —dije yo. Y sentí un nudo extraño en mi garganta.

Se cerró el baúl. Supe que nunca más vería a aquel extraño y poderoso aventurero, a aquel conquistador de los astros, que iba recto hacia su destino. Cuando el chasquido final marcó el cierre hermético de la Cámara del Tiempo, yo me dirigí a Ethel, sin mirar siquiera al inerte, ensangrentado Abdul, y avancé con mi esposa hacia la salida.

Atrás, ocurrió algo, no sé el qué. Fue como un centelleo. Nos volvimos.

Ya no estaba. Ni el baúl, ni Simbad. Nuestro amigo del puerto de Basra había partido hacia otro Tiempo, hacia otro Espacio, hacia otra Dimensión. Más allá de los mundos conocidos, más allá del Sistema Solar, más allá de las cercanas constelaciones y sistemas planetarios… Más allá de todo eso, a las estrellas…

Y creo que ningún hombre ha merecido más, a lo largo de todos los tiempos, el premio sublime de ir a las estrellas, a hundirse en su luz eterna y cegadora, a vivir una radiante existencia de amor, de fe

y de humana bondad…

—Ethel, algún día te será hecha y justicia —dije, yo bajando hacia el vestíbulo del hotel. Abdul quedó arriba, solo y hundido, en su alcoba. Sin conexión con el Futuro, sin nexo alguno con él mundo que le había hecho poderoso.

—No seas tonto. Me basta con que tú me hagas justicia —rió ella.

— ¿De modo que al separarte de mí en el vestíbulo fuiste a llamar a Simbad? ¿Tan segura estabas?

—Sí, querido. Un corazón de mujer, rara vez se equivoca…

No dije nada. Quizá tenía razón. Había demostrado tener razón en tantas cosas increíbles, que ahora no tendría otro remedio que considerar más seriamente lo que ella dijese.

—Creo que será mejor no hablar de esto a nadie —observé.

—Sí, mucho mejor. Después de todo, no iban a creernos.

—Pero alguna noche clara y luminosa, buscaremos a Andrómeda en el cielo —sugerí.

—Claro, Todd. Estoy segura de que Algax brillará con mucha fuerza ahora…

Ninguno de los dos temimos por la suerte de Simbad. Los hombres como él, llegan siempre adonde se proponen. Su destino no puede torcerse. En cambio, Abdul se hundiría en su desastre, envejecería, desterrado en la Tierra, y él no tendría jamás su oportunidad.

Esa está reservada únicamente para quienes son como Simbad. Y, después de todo, por fortuna, no abundan las mujeres como Ethel. En ninguna época, ni en ningún mundo…

SEGUNDA PARTE

...y SIMBAD VOLVIÓ A LAS ESTRELLAS

CAPÍTULO IX

RETORNO

MYZAR clavó sus ojos hermosos en el rostro cruel de Altair,

—Si debo morir, es mejor morir en seguida, reina Altair —dijo, desafiante— No temo al final de mi vida. Después de todo, hasta nuestra aparente vida eterna es relativa. Sólo consiste en nuestra falta de contacto con el Tiempo. Hay otra vida eterna un lugar diferente del espacio. Aquella en que me encontraré con Simbad. Allí estará Dios, y tú no podrás ya nada contra nosotros.

—Estás loca Myzar, rió cruelmente Altair, irguiendo su soberbia figura, llena de perversa belleza. Todo eso que hablas son insensateces. Morir es terminar de una vez, y tú lo sabes. Ahora mismo, en la Tierra, Abdul se cuidará de que Simbad muera también. Así, jamás se cumplirá el Libro del Destino, que prevé mi fin, a manos de un extranjero bañado en el Mar de Luz Eterna…

—Quizás el propio Abdul termine contigo, malvada replicó Myzar —A él le bañaste en el mismo mar, confiando en romper así

la profecía. Pero no podrás nada contra tu destino. Y tu destino también es morir, despedazada por tus propias malas artes…

—¡Calla, víbora! —la mano de Altair abofeteó brutalmente el bello rostro de Mizar—. De un momento a otro, volverá de su viaje a la Tierra Abdul. Con esa nueva Máquina de Tiempo, vamos a ser muy poderosos. Incluso podemos apropiarnos de las riquezas de otros mundos, impunemente.

—Aves de rapiña feroces. No merecéis vivir en Las estrellas. Esto es demasiado hermoso para vosotros…

Un nuevo bofetón hizo caer a Myzar. La Reina Altair, solemne, se irguió. Caminó hacia la salida de la celda, guardada por dos de sus soldados.

—Cuando yo me acomode en mi trono, soltad a los centicornios —dijo, glacial— Y luego, llevad a Myzar a la pista. Será un espectáculo digno de presenciar.

Asintieron sus soldados. Myzar se estremeció, pese a todo su valor. Caer bajo los cuernos, las fauces y garras de los centicornios, aquellos horribles mamíferos voladores, no iba a ser una muerte agradable. Para Myzar, lo único grato de ello consistía en que sería la muerte, a fin de cuentas.

* * *

Myzar salió erguida, valientemente, por la salida de los sentenciados de Algax. Allí, en la amplia pista metálica, los centicornios revoloteaban, espeluznantes. Las horribles bestias de cabeza esférica, erizada de cuernos agudos, entre los que los estrechos ojos amarillos y las babeantes fauces, aumentaban aún su fealdad atroz, se movían en el suelo metálico de la pista donde iba a serles servido su festín, o planeaban, con sus membranosas, velludas alas, aullando furiosamente, como moscas ciclópeas y horribles.

La sola visión de los centicornios hizo palidecer a Myzar, pese a que conservó su valor en el supremo trance. Era horror, repugnancia a la clase de verdugos espantosos que la cruel Altair le destinaba en la hora final.

Sobre ella, un cielo radiante, cuajado de luces astrales, presenciaría el bárbaro espectáculo de la ejecución. Solamente Altair y su guardia, en las desiertas gradas de metal, asistía al

horror de aquella sentencia.

Altair estaba erguida, solemne, en su gran trono central, como un antiguo César en la Roma Imperial del planeta Tierra. Hizo una señal. Los soldados se apartaron de las puertas. Era lo que aguardaban los monstruosos seres alados.

Aullando de forma escalofriante, se abalanzaron sobre Myzar, sola e indefensa como un pigmeo, en medio de la gran pista metálica, bajo la mirada perversa, maligna, de la hermosa e insensible Altair…

* * *

Fue como una llamarada, un chispazo de luz.

Altair se volvió, radiante, al ver ante sí la caja metálica, rectangular, con forma de baúl terrestre. Separó sus ojos golosos de la pista del horror, y musitó, feliz:

— ¡Oh, Abdul querido…!

Se abrió la caja metálica, un grito horrible brotó de los labios de la hermosa. Se irguió, llena de terror y de angustia al reconocer al hombre joven, atlético y poderoso, de ojos llameantes, que emergía de la Máquina del Tiempo.

—¡SIMBAD! ¡No, no…!

Pero era él, Simbad. Más joven, fuerte y hermoso que nunca. Pero también más implacable, más vengador. Una sola mirada le bastó al rejuvenecido Simbad, que volvía a su lugar en el Espacio, para descubrir lo que le sucedía a Myzar.

—¡A él, mi guardia! —chilló Altair, echando a correr, para, alejarse de Simbad, por entre las metálicas gradas.

El joven apuntó su arma térmica hacia los alados centicornios carnívoros. Empezó a disparar febril, rabiosamente…

Las cargas térmicas obtenidas por Abdul en la Tierra sirvieron para aniquilar a los monstruosos voraces. Estallidos de calor nuclear disolvieron, desintegraron en fragmentos atroces a todos los alados asesinos, devoradores de carne humana.

Myzar, encogida contra el borde de la pista, alzó los ojos hacia Simbad, gritó esperanzada:

—¡Simbad, amor mío! ¡Has vuelto…!

El movió la cabeza, asintiendo. No hizo más, porque ahora

estaba ocupado con la guardia, personal de la Reina Altair. Los aniquiló con dos cargas térmicas, disolviendo a los enfurecidos guardianes.

Buscó a Altair con la mirada. Aún quedaban dos centicornios, revoloteando rabiosamente, en busca de una presa, pero alejándose de las cargas mortíferas de Simbad, con gran sentido del riesgo.

Altair corría y corría, alejándose de Simbad, con un terror casi animal. Era el miedo, supersticioso al hombre que había sabido vencer todos los obstáculos, que volvía, fuerte y poderoso, para recuperar a su amada y para destruir para siempre al Mal, en la Estrella Sin Tiempo.

Los años de destierro que viviera él en la Tierra y le hicieron envejecer, no eran nada en Algax, el astro sin Tiempo, sin Pasado, Presente ni Futuro. Y ahora Simbad había vuelto. El extranjero bañado en el agua del Mar de Luz Eterna, era el vengador que, según las profecías de Algax, destruiría a la Reina cruel.

Altair se destruyó a sí misma, cumpliéndose también en eso lo que estaba escrito en el Libro del Destino.

Cuando huía entre las gradas, llena de terror, Simbad se lanzó en pos de ella, dispuesto a acabar con la perversa tiranía de la estrella de Andrómeda.

Altair tuvo miedo. Se detuvo, vaciló al borde de las gradas. Luego gritó terriblemente, al caer hacia la pista de ejecuciones.

Myzar no pudo hacer nada por ella. Lo hubiera hecho, por pura humanidad, pero, al caer, Altair se hirió. Sangró su cabeza hermosa y morena, al choque con el suelo metálico de la misma pista donde ella decidiera dar muerte de Myzar.

Y el olor de la sangre fue algo más de lo que los dos centicornios supervivientes podían resistir estando hambrientos. Se abalanzaron sobre la inerte Altair… Myzar chilló, cerrando los ojos.

Simbad disparó una carga térmica sobre los dos monstruos supervivientes. Pero por pronto que obró, era tarde. Medio cuerpo de la hermosa había desaparecido en las fauces de uno de ellos, y el otro comenzaba a despedazar el resto.

Todo se disolvió, en una nube brillante, derritiéndolo el calor nuclear. Del horror no quedó nada. De la Reina Altair, tampoco…

El resto de la guardia se mantuvo inmóvil. Depuso sus armas ante Myzar, como aclamándola. Admitía ahora que faltaba la

tiránica mujer, la soberanía de la auténtica Reina de Algax.

Simbad sonrió, saltando a la pista metálica, y corriendo junto a Myzar, que se echó, sollozante, en sus brazos.

— ¡Oh, Simbad, has vuelto! —susurró la joven—, ¡Has vuelto, amor mío!

—Sí, he vuelto. Por ti… y por nuestro amor. Y esta vez para no partir jamás.

— ¿Jamás?

—Eso dije, Myzar, jamás me apartaré ya de ti, ni iré a lugar alguno. Este es mi sitio en la vida, amor mío…

—Oh, Simbad… Jamás… Es una hermosa palabra… incluso en la Estrella Sin Tiempo…

—Te amo, Majestad… —sonrió Simbad, atrayéndola hacia sí.

Y nunca, en todos los astros habitados del Universo, existió beso de amor tan grande y tan sublime como aquél…

—Mira, Todd… Allí está Andrómeda.

—Sí, la veo, Ethel querida… La veo claramente ahora…

—¡Mira, mira aquel astro azul en el centro!

—También lo veo. Brilla más que ningún otro… Pero no figura en la guía celeste que nos han entregado…

—Sin embargo, se ve nítidamente. Brilla mucho, Todd. Debe de ser una gran estrella.

—Sí. Una gran estrella, Ethel.

— ¿Crees…, crees que sea…?

—Tiene que serlo, querida. Simbad nos lo prometió. Y ahora Simbad está en las estrellas. Nadie puede saberlo, querida, pero esa luz…, esa luz de Andrómeda, es como un saludo suyo. Y va dirigido a nosotros…

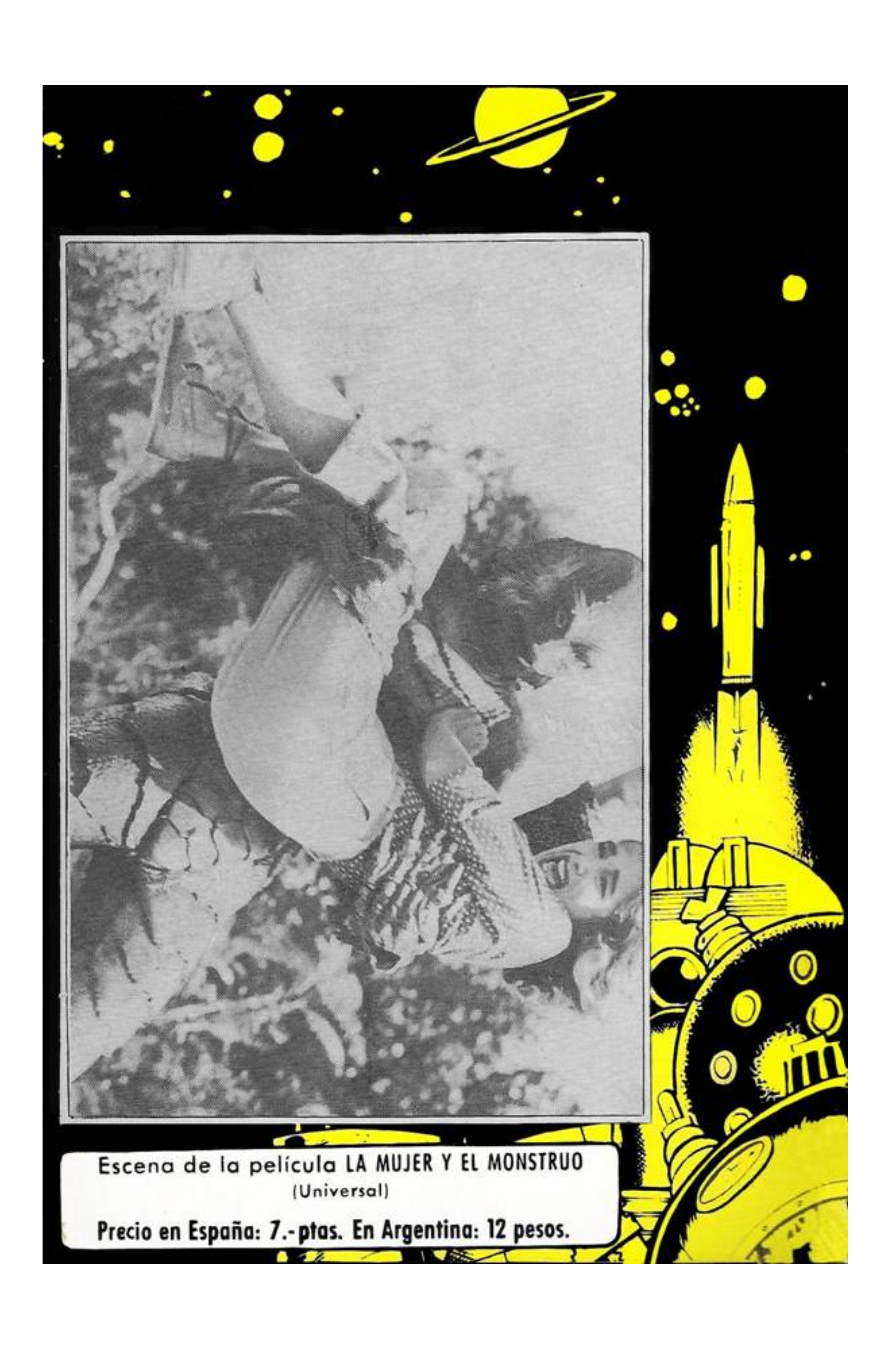
—A nosotros… ¿Sabes una cosa, Todd?

— ¿Qué, amor mío?

—Me siento feliz. Muy feliz, Todd…

—Yo también, Ethel. Yo también…





Escena de la película LA MUJER Y EL MONSTRUO
(Universal)

Precio en España: 7.- ptas. En Argentina: 12 pesos.